
RAZA
DIABOLICA
por GEORGE H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE HARVARD”, rezaba el cartel clavado a una estaca.

Pero difícilmente hubiera podido reconocerse en aquel montón de ruinas a la que fue famosa institución fundada en 1636 gracias al mecenazgo de John Harvard, en Cambridge (Massachussets, EE.UU.), cerca de la ciudad de Boston, a orillas del río Charles.

Existían, naturalmente, proyectos para reconstruir Harvard levantando piedra sobre piedra todas las que yacían esparcidas en una respetable extensión de terreno.

Pero estos proyectos aguardaban para ser ejecutados, el momento, todavía incierto, en que terminaran las hostilidades entre la Tierra y el planeta Ziryab.

Mientras tanto, y a despecho del ruinoso estado en que habían quedado la mayor parte de sus dependencias, Harvad proseguía tenazmente su tradición filantrópica brindando al bienestar del mundo el fruto de su laboriosidad, madurando en el árbol de la paciencia y el estudio de sus insignes profesores.

En una calurosas mañana del mes de agosto, un sedán negro de matrícula muy baja, lo cual parecía denunciarle como perteneciente al parque móvil de los Servicios Oficiales, pasó ante el modesto cartelón de la Universidad y, serpenteando entre montañas de escombros, fue a detenerse ante un pabellón pequeño, recientemente construido con ladrillos rojos sacados de los montones de cascotes inmediatos.

El pabellón cubría la entrada a uno de los espaciosos sótanos de la Universidad, en donde un grupo de eminentes médicos e investigadores trabajaban noche y día bajo la brillante luz de los focos haciendo observaciones con los microscopios y moviendo millares de tubos de ensayo.

Entre estos hombres, el doctor Arthur Welby no era seguramente quien más destacaba por la notabilidad de sus descubrimientos, aunque sí era, indiscutiblemente, aquel que gozaba de mayor popularidad. El doctor Welby fue el creador de una teoría revolucionaria. Según ésta, el mundo de donde procedían los platillos volantes no debía buscarse entre las miríadas de estrellas que tachonaban el cielo nocturno de la Tierra, sino muy cerca. Allí mismo, en el propio Reino del Sol que formaba parte del mundo.

Arthur Welby demostró que era posible la existencia en el Reino Solar de un planeta al que los terrícolas no habían visto jamás. La única

condición que se exigía para ello era que este mundo invisible girara alrededor del Sol en una órbita idéntica a la de la Tierra, pero opuesta de tal forma que los dos planetas, el desconocido y la Tierra, se equilibraban estando siempre en oposición. Como la masa del Sol mediaba siempre entrambos mundos, los habitantes de la Tierra nunca podrían ver a sus vecinos, de la misma forma que éstos ignoraron la existencia de la Tierra hasta que les fue posible viajar por el espacio tripulando sus platillos volantes.

Como por aquellos días se había encontrado un paltillo volante intacto en un polvoriento rincón del desierto de Arizona, la teoría del joven doctor halló inmediato eco entre los recelosos Estados Mayores de todos los países representados en las Naciones Unidas, de donde nació la idea de enviar a Marte una expedición científica que corroborara o desmintiera la existencia de aquel planeta.

Cuando finalmente la expedición se hizo al espacio, el doctor Arthur Welby se contaba entre los 70 arriesgados astronautas que por primera vez en la historia de la Humanidad abandonaban la firma corteza terrestre para posar su planta en otro mundo.

La expedición, que había comenzado con los mejores auspicios, comenzó a sufrir contratiempos a su llegada a Marte. Uno de los tres cohetes planeadores se estrelló al aterrizar en el Polo Norte marciano. Cuando el resto de la expedición acababa de llegar felizmente a la superficie de Marte, las siete astronaves que habían quedado ancladas en una órbita de satélite alrededor del planeta, fueron atacadas y destruidas por un platillo volante.

Aunque aquel platillo fue derribado posteriormente por los terrícolas cuando intentaba destruir también a los dos cohetes planeadores posados en un desierto marciano, el daño ya estaba hecho y la expedición privada de medios para regresar a la Tierra.

En estas criticas circunstancias, la comprobación de la existencia del planeta Welby fue más bien una gota que colmaba la amargura de los expedicionarios, en vez de motivo de jolgorio para estos descubridores abandonados a su propia suerte en un planeta moribundo, sin oxígeno, sin agua y sin alimento. Confiando en recibir socorros de la Tierra, antes que se agotaran sus reservas de provisiones, los expedicionarios salieron en busca del Polo Sur marciano, de cuyos hielos pensaban sacar agua que luego convertirían en vital oxígeno.

Más tarde la expedición descubría casualmente una ciudad subterránea marciana y en ésta al último superviviente de una raza de hombres gigantescos, cuya cultura había brillado en su máximo

esplendor cuando el hombre de la Tierra quizás no había nacido.

El último habitante de Marte, de una inteligencia y una bondad sobrehumanas, facilitó a los terrícolas, ya moribundo, los medios necesarios para que éstos pudieran regresar a su planeta nativo.

Estos medios consistían en una astronave gigantesca, más recia e imponente que un acorazado, y que sin embargo flotaba en el aire con la ligereza de un globo y navegaba a través del espacio a velocidades espeluznantes.

Habiendo seguido las instrucciones del gigante marciano para despegar la astronave, los expedicionarios llegaron con ella hasta su planeta nativo, en donde les aguardaba la más nefasta de las noticias.

Los platillos volantes procedentes de aquel planeta sospechado por el doctor Welby, al que los marcianos conocían de antiguo con el nombre de Hicsos, llevaban dos meses atacando a la Tierra.

Moviéndose a sus anchas por encima de la estratosfera, a una altura que no podían alcanzar los aviones de caza ni los proyectiles antiaéreos, los platillos volantes se dedicaban a la sistemática destrucción de las industrias, bases y arsenales terrícolas.

Sembraban las altas capas de la atmósfera de nubes de bacterias extraordinariamente virulentas, las cuales provocaban terribles pestes al ser tragadas o inhaladas por los hombres y loa animales.

La Tierra yacía inerme a los pies de aquellos seres diabólicos, cuya táctica parecía consistir en aniquilar a todo el género humano terrícola antes de lanzar sus tropas de invasión.

Pero la Providencia acababa de llegar a la Tierra en forma de astronave marciana; aquella que tripulaban el doctor Welby y sus compañeros de aventuras.

El doctor descubrió que la astronave estaba armada de unos rayos de naturaleza desconocida, los cuales tenían la propiedad de provocar la explosión de los motores atómicos de los platillos volantes apenas posaban sobre éstos sus dardos plateados, que se apuntaban automáticamente, por un sistema de radar.

Gracias a estos rayos mortíferos, los platillos volantes sufrieron algunos descalabros y fueron mantenidos a raya en tanto se aprestaba una fuerza de comandos que debería realizar una razia contra las bases de aprovisionamiento que los hicsitas tenían establecidas en la Luna.

Esta razia resultó un completo éxito. Los platillos volantes huyeron al aproximarse la astronave marciana dejando desamparadas sus bases selenitas. Los que no escaparon, así como el material y los ejércitos hicsitas que se encontraban en aquellas bases y no tuvieron tiempo de ser evacuados, fueron destruidos, capturados, o hechos prisioneros por los comandos.

La situación de la Tierra mejoró sensiblemente las Fuerzas Aéreas norteamericanas vieron aumentados sus efectivos en 369 platillos volantes capturados al enemigo y susceptibles de ser utilizados contra éste. Pero sobre todo seguían poseyendo la astronave marciana con sus mortíferos rayos.

Con la fabulosa nave del espacio patrullando alrededor de la Tierra, no era probable que los platillos volantes osaran acercarse de nuevo... al menos por algún tiempo.

Sin embargo, y por sí sola, la astronave marciana no hubiera bastado jamás para derrotar de una manera definitiva y total al cruel enemigo que se asentaba en el planeta Hicsos o Ziryab, según lo llamaban sus propios habitantes.

De manera que todos los sabios que quedaban en la Tierra se reunieron en torna a los platillos volantes capturados al enemigo, desmontaron algunos pieza por pieza y los sometieron a un examen intensivo, tratando de arrancarles su secreto como única forma de poderlos copiar y fabricarlos en grandes cantidades, para dar con ellos la réplica a los mismos que los habían creado y utilizado contra la Tierra.

A los diez meses de haberse comenzado estos estudios, los técnicos en física nuclear desentrañaban el misterio de los platillos volantes. Dos meses más tarde la Unión Soviética, Italia, Australia, Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, Checoslovaquia, Japón, los Estados Unidos y el Canadá recibían los planos de estos platillos volantes y empezaban a preparar sus industrias para fabricarlos en grandes cantidades.

Otros catorce meses habían transcurrido desde que aquellas naciones comenzaron a construir platillos volantes en serie. El mundo sentíase crecientemente confiado en el futuro a medida que transcurría el tiempo y aumentaba en fuerzas y recursos.

Con la mirada puesta en el futuro, las naciones terrícolas empezaban a preocuparse de nuevo a causa de sus rencillas. Aunque sus industrias habían sido más duramente castigadas por el enemigo, los Estados

Unidos iban a la cabeza de la recuperación industrial. Al cumplirse el primer año de esta carrera de armamento, los Estados unidos estaban construyendo por sí solos tantos platillos volantes como todos los demás países del mundo juntos… excepto la Unión Soviética, cuyas industrias, muy dispersas sobre su enormísimo territorio nacional, fueron las mejor libradas del ataque del enemigo común.

Pero los Estados Unidos seguían teniendo la astronave marciana cuyos misteriosos rayos aniquilaban platillos volantes.

Eso era muy importante. Lo era sobre todo para la Unión Soviética y los demás países del bloque oriental, a quienes no podían gustarles que existiera un arma capaz de destruir en una hora tantos platillos volantes como pudieran fabricarse durante un año en toda la Tierra… y quizás también en el lejano planeta Ziryab.

Por lo tanto, y a medida que en el cielo de la Tierra fueron viéndose formaciones cada día más densas de platillos volantes, las protestas de la URSS fueron haciéndose más y más enérgicas… y encontrando un eco más potente en las restantes naciones del mundo.

Dos años habían transcurrido desde que los ziryabitas fueron expulsados de la Luna. ¿Qué fue mientras tanto del doctor Welby?

Vivía entregado de lleno a su labor investigadora, librando una batalla silenciosa, cruenta y tenaz contra el pero de los enemigos que los platillos dejaron al retirarse de la Tierra: las bacterias.

De las 20 enfermedades que los microbios ziryabitas habían extendido por toda la redondez del globo, 19 fueron acorraladas, combatidas y finalmente vencidas por los biólogos y doctores más eminentes de la Tierra.

Al cabo de los años, no obstante, seguía existiendo una enfermedad terrible, que causaba diariamente muchos millares de víctimas, cuyos orígenes no pudieron descubrir los científicos hasta el día anterior a aquel en que el general Thomas Tinsley, de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, visitó la derruida Universidad de Harvard tripulando un sedan negro de número de matrícula muy bajo.

Al serle anunciada la visita del general, Arthur Welby se encontraba sobre un alto taburete, ante un banco lleno de tubos de ensayo, mirando pensativamente una bolsa de celofán llena de un líquido y sumergida en un recipiente de cristal en donde flotaban pedazos de carne de aspecto muy desagradable.

Arthur Welby levantó los ojos al aproximarse el general seguido de otro hombre que también vestía de paisano, y sonrió con una mueca que evidenciaba la gran fatiga que sentía.

—Buenos días, Welby.

—¡Hola, buenos días, general! —saludó Arthur estrechando la mano que le ofrecía Tinsley. —Le presento a un amigo. El coronel Berryman —indicó el general señalando a su acompañante, un hombre de unos 50 años, alto y de pupilas oscuras y penetrantes.

Arthur saludó al coronel con una inclinación de cabeza y miró al general. Este señaló a la bolsa de celofán que se bañaba en el grasiento líquido del frasco de cristal y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Un cultivo de botulinus. ¿Sabe que al fin hemos logrado reproducir ese condenado microbio?

—¡Ah! —exclamó el general con acento que no comprometía a nada. Y luego preguntó—: Y bien, ¿qué esperan conseguir reproduciendo ese maldito bicho? ¿Es que no tenemos bastantes víctimas por todo el mundo?

—Verá usted —contestó Welby sonriendo—. Para fabricar una cantidad de antitoxina suficiente para salvaguardar a un millón de personas del envenenamiento por botulinus, hay que obtener primero toxina botulínica en cantidad suficiente para matar a varios millones.

—¡Caramba! —exclamó el general. Y mirando con más respeto al cultivo de botulinus preguntó—: ¿Alimentan a esos bichitos con carne cruda? ¿O no es carne?

—Sí, es carne. Sólo que el botulinus no se alimenta de esa carne —Arthur hizo una breve pausa, movió la cabeza y añadió—: Verán ustedes: es un poco complicado. La mayoría de los microbios matan entrando en el cuerpo de sus víctimas, multiplicándose en número y viviendo dentro de nosotros hasta que han producido una cantidad de veneno suficiente para matarnos. Pero este no es el caso del botulinus. Este microbio no puede vivir en el cuerpo humano. Se alimenta de los organismos en descomposición y ataca a las sustancias fundamentales de la vida, las proteínas, pero sólo cuando estas proteínas pertenecen a un organismo muerto. El microbio convierte en una base a uno de los aminoácidos que entran en la constitución de las proteínas y esta nueva sustancia química es irremisiblemente mortal para cualquier

forma de vida animal que entre en contacto con ella. Así, pues, la verdadera arma de guerra que el enemigo ha estado empleando contra nosotros no es el microbio propiamente dicho, sino la toxina producida por el botulinus a partir de las proteínas. Esta fue la toxina que el enemigo lanzó en forma de polvo sobre grandes extensiones de terreno, haciendo venenosas las cosechas y matando a todos los hombres o animales que la tragaron o la inhalaron. Durante dos años hemos estado buscando al fantasma que producía el botulismo. La verdad era que el microbio no existía, sino solamente sus productos residuales... como se dijéramos la huella de su paso. Por eso hemos tardado tanto tiempo en descubrirlo. —Realmente —dijo el coronel Berryman—, no parece sencillo descubrir a un microbio por las huellas de sus pisadas. Pero ahora que ustedes han descubierto al causante de tantos millones de víctimas, no es probable que el enemigo vuelva a causarnos bajas valiéndose de ese microbio ¿verdad?

—Mire usted —contestó Welby—. La forma más segura de que el enemigo no vuelva a hacer una mortandad entre nosotros, es evitar que llegue hasta la Tierra y espolvoree las nubes con esta toxina venenosa. Resulta que hay más de una docena de aminoácidos, cada uno de los cuales es atacado por su bacteria especial. Quizá el botulinus no sea el microbio que utilice el enemigo la próxima vez. Así, pues, deberíamos preparar antitoxinas contra unos quince de estos venenos ptomaínicos e inyectarlos a toda la población del mundo, lo cual resulta una imposibilidad evidente.

Arthur Welby se interrumpió para mirar pensativamente al cultivo de botulinus y añadió:

—Claro que también el enemigo se encuentra en el mismo caso que nosotros en el planeta Ziryab a consecuencia de las nubes de toxinas que les arrojamos en nuestras dos incursiones sobre su planeta. Los ziryabitas cosechan ahora el daño que sembraron en nuestro mundo. Y no suelo alegrarme del mal ajeno, pero la verdad es que a esos brutos les conviene saber que también nosotros conocemos los secretos de la guerra bacteriológica que ellos fueron los primeros en utilizar.

Con esto, el doctor Arthur Welby aludió a las dos razias relámpago que la astronave marciana y los platillos volantes capturados al enemigo, llevando ahora el emblema de las fuerzas aéreas norteamericanas, efectuaron sobre el planeta Ziryab arrojando bombas de hidrógeno sobre sus ciudades más populosas.

Con toda seguridad, las bombas de hidrógeno norteamericanas no

causaron entre los ziryabitas ni una décima de las bajas que las bombas atómicas de los platillos volantes hicieron entre los habitantes de las ciudades terrícolas.

Pero los refugios que los ziryabitas tenían contra las bombas no podían servirles de mucho tratándose de preservarles de una campaña bacteriológica.

Como antes había sucedido en la Tierra, todos los ganados de Ziryab debieron perecer víctimas de toxinas que arrojaron los americanos. Las cosechas debieron echarse a perder o quedar envenenadas y las pestes, en fin, debían estar azotando cruelmente al pueblo ziryabita en medida parecida a las pestes que durante dos años diezmaron a la población terrícola.

—Así debe ser, aunque en realidad carezcamos de medios para saberlo —dijo el general Tinsley—. No tenemos un servicio de información como el que los ziryabitas organizaron en la T ierra con varios años de anticipación. —Pues es una falta que debieran subsanar cuanto antes —dijo Arthur—. Actualmente hay millares de hombres que ya hablan a la perfección el idioma ziryabita... Yo mismo, aunque todavía no me he ocupado de su pronunciación, lo entiendo como el inglés después de haberme leído todos los libros ziryabitas que cayeron en nuestras manos a raíz del asalto a las bases del enemigo en la Luna.

—Sí —contestó el general Tinsley. Y cruzó con el coronel Berryman una mirada de secreto regocijo—. Ya hemos oído decir que le ha sacado usted punta al idioma de Ziryab, de lo cual nos congratulamos sobremanera.

Arthur Welby miró un tanto intrigado a sus visitantes. Recordó entonces que todavía no les había preguntado por las causas de su visita, y subsanó inmediatamente esta falta preguntando:

—¿Y bien? ¿qué les trae por aquí? ¿Se interesan realmente por los botulinus o andan de paso?

—Ni lo uno ni lo otro —contestó el general—. Hemos venido expresamente a entrevistarnos con usted. ¿Existe en este solar algún sitio donde podamos hablar en privado?

Asintiendo y profundamente intrigado, Arthur Welby guió a los visitantes hasta un pequeño despacho en donde una muchacha taquimeca redactaba un informe sobre una máquina de escribir.

El doctor hizo una seña a la mecanógrafa para que saliera del cuarto.

Luego ofreció cigarrillos a los dos hombres, se repantingó en un sillón y preguntó:

—¿Qué ocurre?

El general hizo una seña a Berrynan. Este extrajo de su cartera de cuero una cartulina tamaño doble postal que ofreció a Arthur en silencio.

—¿Es suya esa foto, doctor Welby? —preguntó Tinsley.

—Sí —contestó Arthur sin vacilar. Y luego, arrugando el ceño, murmuró—: Sólo que no recuerdo haberla visto antes. ¿Por qué llevo aquí uniforme de oficial de las Fuerzas Siderales Ziryabitas? ¿Se trata de una foto montada? Nunca he vestido ese uniforme.

—Naturalmente que no lo ha vestido —dijo Tinsley—. Esa fotografía no le fue tomada a usted, sino a un tal Amulnig Amyot, un oscuro capitán piloto de las fuerzas astrales ziryabitas que fue hecho prisionero cuando se encontraba herido de gravedad dentro de uno de aquellos platillos volantes que derribamos en la Luna cuando intentaban escapar.

Con una especie de sobresalto, Arthur Welby volvió a clavar sus ojos en aquella fotografía. La miró fijamente, deteniéndose en cada uno de aquellos rasgos familiares que veía reflejados en el espejo cada mañana al afeitarse.

Pero por más que miraba no lograba encontrar en aquellas facciones una sola línea que no correspondiera a las suyas propias.

El mismo óvalo de la cara, los mismos cabellos rubios y ensortijados, idéntica frente ancha, iguales ojos gris acerado, exactamente la misma nariz recta e implacablemente copiado el dibujo de sus labios finos que se contraían en una leve mueca desdeñosa. Ni mirándose a un espejo hubiera hallado Welby más fielmente duplicada su propia imagen.

—¡Es asombroso! —exclamó— ¡Nuestro parecido es realmente maravilloso! ¿Qué se hizo de ese… capitán piloto? ¿Murió? Si está vivo me gustaría verlo.

—Lo verá —prometió el coronel Berryman sonriendo—. Precisamente debido a este extraordinario parecido le hemos designado a usted para que le suplante.

—¿Para qué? —preguntó Arthur.

Y el general Tinsley repitió por Berryman:

—Para que suplante al verdadero capitán Amulnig Amyot. Usted mismo dijo hace poco que debiéramos tener un servicio de información allá en el planeta enemigo. Nosotros pensábamos igual y hemos decidido mandarle a usted. Tiene que ir a Ziryab, Welby.

CAPÍTULO II

—¿No irá usted a negarse, verdad, Welby?

¡Ah, no! —gimió Arthur dando manotazos en el aire.

Y el general Tinsley exclamó:

—¡Diablo! ¿Y por qué no? —gritó Arthur enojado— Es una tontería eso que están pensando. Sé positivamente que carezco de cualidades para representar un papel de espía. ¡Me descubrirían apenas llegara a Ziryab!

—Pues ya estoy seguro de que sus temores son infundados —dijo el coronel Berryman—. Con su asombroso parecido a ese capitán y después de haber sido instruido, ni la misma madre de Amulnig Amyot le reconocería.

—¡Oh, seguro! —exclamó Arthur— La madre de Amulnig jamás reconocería en mí a su hijo.

—No he querido decir eso, sino todo lo contrario —gruñó Berryman. Y Arthur contestó:

—Pues eso es lo que yo quise decir —y se hundió en su sillón adoptando una actitud enfurruñada.

El coronel Berryman lanzó una mirada de alarma sobre el general y éste dijo echándose hacia delante:

—Escuche esto, Welby, Estamos empeñados en una guerra interplanetaria, luchando contra un enemigo sin conciencia, del que no cabe esperar piedad si algún día lograra arrollarnos. Contra la opinión que se ha generalizado en nuestro mundo, las probabilidades de que los ziryabitas consigan invadir nuestro planeta no son tan remotas como se ha dado en creer. ¿Ha leído usted la prensa de estos últimos días, doctor Welby?

—No —contestó Arthur con rapidez—. He estado demasiado atareado con el botulinus para poder ocuparme de los diarios. ¿Qué pasa?

—Pasa, doctor Welby, que las Naciones Unidas, incluso aquellas que siempre hemos considerado como hermanadas con nuestros intereses, nuestra cultura y nuestra raza, se revuelven contra nosotros enseñándonos los dientes y presentando este ultimátum. O nos desembarazamos de los rayos cósmicos de nuestra astronave marciana o nos dejan solos frente al enemigo.

—¡Pero eso es un absurdo! —protestó Arthur— ¡Un disparate! Si los Estados Unidos quedan solos ante los ziryabitas y éstos llegaran a invadir la Tierra, ¡todos sufriríamos por igual sus represalias!

—Y si nos ayudaran ahora a aniquilar al enemigo, los Estados Unidos utilizarían más tarde los rayos cósmicos de la astronave marciana para liquidar las fuerzas siderales de sus aliados y quedarse dueños absolutos de este planeta haciendo una colonia del planeta Ziryab.

—¿Pero cómo es posible que se crea eso de nosotros? —exclamó Arthur indignado.

Y el general Tinsley contestó:

—Se cree, sencillamente, porque podríamos hacerlo si quisiéramos. Nadie haría caso de nosotros, si, mostrando intenciones de querer dominar al mundo, careciéramos de fuerza para conseguirlo. Pero pudiendo hacerlo en cualquier instante, aunque jamás demostráramos deseos de realizarlo, el mundo no puede sentirse tranquilo sabiendo que basta que queramos para poder hacerlo. Por lo tanto, y a menos que nos desembaracemos de nuestros rayos cósmicos, nunca habrá victoria total sobre los ziryabitas.

—Así —murmuró Arthur con resentimiento— que el mundo espera de nosotros que nos despojemos de nuestra arma más poderosa, ¿no es eso? Bien. Supongo que nos mantendremos firmes. Al fin y al cabo, también podemos lograr una victoria definitiva sobre el enemigo sin ayuda de nadie. Todo es cuestión de tiempo y de fabricar tantos platillos volantes como el resto del mundo y los ziryabitas juntos.

El general sonrió con amargura.

—No, Welby —aseguró—, no haremos eso, sino que vamos a echar por la borda nuestros famosos y nada tranquilizadores rayos cósmicos.

—¡Oh, no! —exclamó Welby roncamente, sin poder dar crédito a lo que oía— ¡Eso no puede ser! Que el mundo se haya vuelto idiota no es

razón suficiente para que nosotros nos volvamos locos y destruyamos lo único que ha podido contener al enemigo.

—Pues hemos de hacerlo, Welby. De lo contrario el mundo hallaría en nuestra negativa donde asentar sus recelos. Eso podría ser motivo suficiente para que la Unión Soviética nos declarara la guerra... y a su lado entrarían contra nosotros todas las naciones, incluso Francia y Gran Bretaña. —¡Ah, no... no lo harían! —rugió Welby apretando los puños con rabia— ¡Nos deben demasiado!

—Pues a pesar de eso lo harían —aseguró el general—. Y entonces nos encontraríamos en una extraña situación, porque siendo dueños del espacio gracias a nuestra astronave marciana, no tendríamos tierra donde ésta pudiera descansar. Los proyectiles dirigidos de los rusos, lanzados desde sus submarinos, harían pedazos nuestras industrias y... ¡no hay ni que pensarlo! —exclamó Tinsley agitando su entrecana cabeza— Dejando aparte todas las consideraciones tácticas, la verdad es que no estamos dispuestos a entrar en una guerra contra todo el mundo. Así que romperemos los proyectores de rayos cósmicos para que en el mundo haya paz y buena armonía, mientras nos preparamos para una guerra interplanetaria en gran escala contra Ziryab.

—¿A base únicamente de platillos volantes? —preguntó Welby con acento pesimista.

Y Tinsley contestó:

—Utilizando platillos volantes solamente.

—¡Pero a igualdad de medios, el enemigo nos derrotará! —gritó Arthur pesimista.

—En todo caso, la guerra de los mundos será más larga y cruenta. Pero contamos con algunas probabilidades de vencer. En primer lugar, la industria del enemigo no es tan potente como creíamos antes de obtener informes de nuestros prisioneros. En realidad, y aunque parezca contradictorio, la industria ziryabita es más pequeña que la de nuestro mundo unido. Y en segundo lugar, no vamos a echar por la borda nuestros rayos cósmicos hoy mismo. Antes de hacerlo hemos de debilitar hasta el máximo la capacidad de resistencia del enemigo. No podremos destruir sus fábricas de platillos volantes. Que sabemos están profundamente enterradas bajo la roca, pero si aniquilamos su agricultura y proseguimos nuestra campaña bacteriológica, el hambre y las pestes diezmarán al pueblo ziryabita haciéndoles desear tanto como a nosotros que cesen las hostilidades. Y para esto contamos con usted.

—¡Ah, ya salió aquello! —murmuró Arthur, que había acabado por olvidarse de la proposición que dio origen a esta charla. Y añadió—: ¿Qué podría hacer yo para influir en los ánimos del pueblo ziryabita?

—Calculando que necesitará usted al menos diez meses para dominar completamente el idioma, instruirse en las costumbres de los ziryabitas y adoptar la personalidad del capitán Amulnig Amyot, podemos suponer que el enemigo estará harto de guerra cuando usted llegue allá con una proposición de tregua para el Emperador Sol. —¿Así que debo llevar una proposición de paz a Ziryab?

—Ese al menos será el pretexto para que nosotros dejemos en libertad al capitán Amyot y le facilitemos un platillo volante y una tripulación para que pueda regresar a su planeta nativo.

—¿Quiere decir que esa proposición de tregua es sólo una treta para engañar al enemigo?

—¡Oh, no intentamos faltar a las promesas de mensaje que usted llevará a Ziryab, créalo! —exclamó Tinsley riendo— En realidad, las condiciones de nuestro ofrecimiento serán de una índole que el Emperador jamás las aceptará. Si las aceptara daría muestras de un sentido común que no posee y la paz entre Ziryab y nuestro mundo sería un hecho inmediato. Pero eso no sucederá.

—¿Entonces, para qué debo ir a Ziryab?

—En primer lugar, para tenernos al corriente de lo que allí ocurre. Cuál es la moral del enemigo, qué efectos está causando nuestra guerra bacteriológica y en qué momento sería más oportuno lanzar contra aquel mundo nuestros ejércitos de invasión.

—¿Pero es que realmente existen posibilidades de que algún día llevemos a Ziryab nuestros ejércitos de invasión… después de haber sacrificado nuestros rayos cósmicos?

—Desde luego —contestó el general—. Y ello forma parte de la segunda misión, la primera en importancia que le llevará a usted a Ziryab.

—Todavía no he dicho que vaya a ir —refunfuñó Arthur—. Pero diga de qué se trata.

—No sé si sabrá usted, que lo que nosotros conocemos con el nombre genérico de ziryabitas está en realidad dividido en dos pueblos con dos razas diferentes —dijo Tinsley.

Y Arthur aseguró:

—Naturalmente que lo sé. Ziryab es solamente el nombre del planeta y equivale a lo que nosotros llamamos Mundo. Pero los dos grupos etnológicos que lo habitan se divides en kumas y hamonitas, lo que traducido literalmente significa hombres rojos y hombres albinos, respectivamente. La tierra firme del planeta Ziryab forma un solo continente, aproximadamente del tamaño de Europa y Asia juntas y casi en la misma posición, tocando al Polo Norte. Al sur y cerca de la línea del Ecuador existen algunas islas con una superficie total equivalente a la de Borneo. Los aborígenes de estas islas extraordinariamente fértiles y ricas en toda clase de minerales, son los kumas u hombres rojos, cuyos rasgos no difieren apenas de los hombres rubios del continente, excepto en el color de la piel, la forma ligeramente oblicua de los ojos y los cabellos, que los kumas tienen negro o azulado. Arthur Welby se interrumpió y el general Tinsley sonrió.

—Celebro comprobar que está usted muy al corriente de las cosas de aquel mundo. Siendo así que conoce de referencias a los kumas, también sabrá algo del tradicional antagonismo que separa a las dos razas de Ziryab.

Arthur asintió. Entre el botín que los comandos norteamericanos tomaron de las bases selenitas del enemigo, figuraban algunas pequeñas bibliotecas que parecían haber sido traídas, no tanto para ilustrar, como para distraer el ocio de las tropas ziryabitas en la forzada reclusión de sus refugios.

Cuando los textos de estos libros fueron traducidos a los diversos idiomas terrícolas, una pasión enorme por conocer la historia, la geografía y las costumbres de aquel pueblo extraterrestre se apoderó del mundo.

Arthur Welby, como tantos otros, devoró virtualmente cuantos libros cayeron en sus manos.

Sabía, por lo tanto, que los kumas habían desempeñado en la historia de Ziryab un papel análogo al de los fenicios en la Tierra.

De antigua tradición marinera, los kumas eran una raza sumamente inteligente, inquieta y emprendedora. Navegando en sus primitivos barcos a vela cuando las tinieblas del misterio y la leyenda envolvían a los extensos territorios continentales, los kumas llegaron hasta aquellas costas para traficar con los primitivos y salvajes hombres rubios.

Cuando algunos siglos más tarde llegaron hasta el litoral las hordas bárbaras procedentes del interior montañoso del país, atraídas por la fama de la riqueza y el esplendor de las colonias rojas, los hamonitas quedaron deslumbrados ante la magnificencia de una civilización que llevaba varios siglos de desarrollo.

Los bárbaros que asaltaron a sangre y fuego las colonias kumas, no tardaron en comprender que podían devengar mayores beneficios de la conservación que de la destrucción de todo aquello que habían creado los diablos rojos.

Así que se quedaron en las ciudades saqueadas, restauraron las murallas y recabaron los conocimientos de los cautivos kumas para reconstruir todo lo destruido.

Como había sucedido muchas veces en el desarrollo de la historia de la Tierra, los que llegaron matando, incendiando y destruyendo, adoptaron las artes y la cultura del pueblo vencido. Médicos, arquitectos, forjadores, alfareros, músicos y preceptores kumas contribuyeron a mejorar las condiciones de vida de sus opresores, enseñándoles su alfabeto, su forma de trabajar los metales y sus sistemas de irrigación y cultivo de las tierras.

Sin embargo, y aunque se beneficiaron grandemente de los adelantos de sus esclavos, los hamonitas no lo agradecieron nunca. Porque los hamonitas, que hasta entonces se habían dedicado exclusivamente al pastoreo, consideraban un deshonor cultivar la tierra. Sólo muchos siglos después, y siempre a regañadientes, accedieron a dedicarse a la agricultura como única forma de alimentar a su siempre creciente población.

Pero durante muchos siglos los kumas fueron los esclavos de los hamonitas. Estos, cada vez que necesitaban brazos para cultivar las tierras, médicos para curar sus enfermedades y artistas para hermosear sus palacios, iban a buscarlos a las islas del sur, en donde los tomaban después de sangrientas correrías.

Los hamonitas eran un pueblo de guerreros. El extenso continente en donde habitaban estaba dividido en gran número de reinos en constante lucha entre sí. Peleaban por los más fútiles motivos e incluso sin ellos. Carecían de verdadera religión, aunque tenían infinidad de dioses para todas las actividades de su existencia y los fenómenos de la Naturaleza.

Hasta que surgió entre ellos un profeta que, de forma parecida a como le ocurrió al Mahoma terrícola, pero con muchos siglos de

anticipación, escuchaba voces sobrenaturales que le impulsaban a la conquista de todo el orbe para unificarlo bajo una nueva religión.

Este nuevo paladín de la fe consiguió cautivar con sus arengas a una gran masa de creyentes que, inspirados de una furia fanática, emprendieron la conquista del mundo infiel recogiendo adeptos a su paso.

Cuando aquel profeta murió víctima de un complot, un hijo suyo le sucedió en la misteriosa audición de voces sobrenaturales y prosiguió las conquistas de su padre. De esta forma quedó fundada la religión sintoísta de los hamonitas, en donde, rindiendo culto al fundador de la religión, cada hamonita rendía culto también a sus antepasados.

El jefe religioso y político de los hamonitas era el emperador, siempre descendiente directo de aquel que hizo la luz en el mundo.

Esta fusión de los pueblos hamonitas resultó catastrófica para los kumas del sur, porque a partir de entonces se encontraron siempre en notable inferioridad numérica frente a un enemigo cruel que asolaba sus islas en correrías cada vez más frecuentes.

Los kumas recurrieron entonces a su ingenio para hacer frente a los excesos de un enemigo que tomaba las islas como vivero de esclavos. Su primera invención, la pólvora, debió de sembrar el terror entre los primeros piratas hamonitas que, al desembarcar en las islas, vieron saltar las arenas de las playas en potentes y mortíferas explosiones.

Igual descalabro debieron sufrir los primeros barcos hamonitas que, siglos después, fueron hundidos frente a las costas por los recién inventados cañones de los isleños. Cuando los kumas pudieron hacer sus armas de fuego tan pequeñas que cada hombre pudo llevarlas al hombro (mosquetes), emprendieron la primera de sus aventuras guerreras. Desembarcaron en el continente, tomaron al asalto algunas de las ciudades fundadas por ellos y conservaron un territorio en el continente a modo de cabeza de puente que resistió durante siglos las furiosas acometidas de los hamonitas, librando así las guerras fuera de su territorio insular.

Por espacio de cuatro siglos, los kumas se sostuvieron en su cabeza de puente haciendo que cada intento de los hamonitas por expulsarles de allí terminara en un descalabro para los ejércitos imperiales.

Después de cada descalabro, los hamonitas se retiraban para lamerse sus heridas y sacar copia de los nuevos inventos kumas, agudizando su corto ingenio para crear tretas nuevas, que solían utilizarse en la

siguiente campaña.

Pero los kumas, siempre en inferioridad numérica, aprovechaban aquellas treguas para crear nuevas armas y contra armas. El cañón, el fusil, las minas terrestres y marinas, la coraza, la granada perforante, los buques movidos a vapor, los submarinos, los aeroplanos, el radar, los proyectiles dirigidos y toda la fecunda cosecha de armas que se inventaron en la Tierra para que los hombres pudieran matarse más rápidamente y en mayores cantidades, fueron también empleadas en el planeta Ziryab con un siglo de anticipación.

Cuando finalmente las guerras se perfeccionaron a tal extremo que los medios de uno y otro bando quedaban casi igualados, los kumas fueron expulsados de sus posesiones continentales y obligados a refugiarse en sus islas.

Los kumas, conscientes de la amenaza de invasión que pendía sobre sus felices islas, agudizaron todavía más su ingenio y aumentaron su capacidad industrial para sostener el equilibrio con las gigantescas fuerzas antagonistas. Y fue entonces cuando crearon la bomba atómica.

La bomba atómica fue el secreto que mejor guardaron los kumas, aquél que sus enemigos tardaron más tiempo en robarles, quizás precisamente porque los kumas vivían ahora en el refugio de sus islas.

Durante un siglo la bomba atómica mantuvo aterrorizados y clavados en su sitio a los ejércitos hamonitas. Si los kumas hubieran sido un pueblo más numeroso, ésta hubiera sido la ocasión para invadir y someter definitivamente al territorio enemigo.

Pero como los kumas sabían por amarga experiencia, el continente era demasiado extenso para soñar siquiera en invadirlo. Cuantas veces lo intentaron en ocasiones anteriores, los kumas salieron malparados de la aventura, vencidos por las dimensiones del país, la crudeza de un clima que no era el suyo y la ferocidad de un enemigo que les aborrecía a muerte. Por lo tanto, los kumas no intentaron invadir el territorio enemigo.

“Con su ancestral estupidez —decían las crónicas hamonitas— los kumas creyeron que podrían guardar eternamente el secreto de la bomba atómica. Amenazándonos con ella nos obligaron a licenciar nuestros ejércitos y… ¡hasta nos dieron consejos sobre la forma en que debíamos organizar nuestra economía para elevar el nivel de vida de Hamon!”

Desde luego, los kumas no pudieron impedir que sus enemigos se apoderaran del secreto de la bomba atómica. Su nobleza y la dignidad con que trataron a sus tradicionales enemigos fue su mayor pecado. Los espías hamonitas robaron los planos secretos y los kumas perdieron su ventajosa posición.

Hubo un nuevo choque entre kumas y hamonitas, esta vez con armas nucleares. Los kumas, que habían tenido todo un siglo para desarrollar la energía nuclear, crearon apresuradamente los platillos volantes, los cuales parecían llamados a volver a inclinar la balanza a su favor. Pero los platillos volantes no tuvieron tiempo de entrar en servicio. Las bombas atómicas hamonitas arrasaron literalmente las islas kumas, y la guerra bacteriológica aniquiló prácticamente a la brava e inteligente raza de hombres rojos.

Cuando los hamonitas invadieron el archipiélago se apoderaron también de los platillos volantes y de los sabios que los inventaron.

—Los hamonitas —dijo el general Tinsley— se apoderaron también de la familia real kuma y la condujeron prisionera a la capital de su Imperio.

—¿Para darle muerte, quizás? —preguntó Arthur, que ignoraba este episodio de la moderna historia ziryabita.

—No es probable que lo hayan hecho. Cuando hace dos años asaltamos las bases hamonitas en la Luna, el rey Eutiques y la princesa Tanit seguían siendo huéspedes del Emperador Sol.

Arthur Welby hizo una mueca de asombro.

—Tenía a los hamonitas por una raza cruel y sanguinaria —aseguró.

—Y lo son, sin duda alguna —repuso el general—. Sin embargo, tienen sus razones para respetar la vida del monarca kuma. Tenga en cuenta que por espacio de muchos siglos los campos de Hamon fueron cultivados por millares y millares de esclavos traídos de las islas del sur. Como la raza blanca no se mezcló con la roja, esta nutrida población kuma ha seguido pura en el transcurso de las edades, multiplicándose y llegando a constituir un núcleo muy importante de la población obrera de Hamon. Estos millones de kumas, que constituyen la masa de los obreros especializados en el moderno imperio de Hamon, alcanzaron la libertad hace aproximadamente un siglo, cuando sus hermanos de las islas podían dictar condiciones gracias a poseer el secreto de la bomba atómica. Como no cabían en su territorio insular, donde los kumas tenían que permanecer

prácticamente sentados unos encima de otros, se quedaron en el continente gozando de sus recién logrados privilegios. Los hamonitas no pueden desembarazarse de una vez de esta población cobriza sin que su industria y su economía resulten altamente perjudicadas, precisamente ahora que aspiran a conquistar nuestro planeta. Tal vez lo hagan algún día y los kumas lo saben Pero mientras su rey sea prisionero del Emperador Sol y los hamonitas les den esperanzas de conseguir una nueva patria en la tierra, los kumas esperarán sin rebelarse, porque eso es lo único que pueden hacer en la actualidad.

—¡Y nosotros hemos pensado…!

—Nosotros —dijo el general— hemos pensado utilizar ese aliado potencial para aniquilar el Imperio de Hamon. Conociendo como conocemos el carácter de los hombres rojos de Ziryab y ayudándoles a conseguir la hegemonía en aquel planeta, nosotros podríamos sentirnos tranquilos en el nuestro sosteniendo relaciones amistosas con el pueblo kuma.

—¿Cree que podríamos servirnos de los kumas para vencer a los hamonitas y terminar felizmente esta guerra? —preguntó Arthur con pupilas relampagueantes y el corazón lleno de esperanza.

—Eso le concierne averiguarlo a usted, Welby —repuso gravemente el general.

—¿Y cómo?

—Yendo a Ziryab, adoptando la personalidad del capitán Amulnig Amyot y tratando de establecer contacto con el rey Eutiques.

Arthur Welby se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua.

—No debe ser fácil para un oscuro capitán de las Fuerzas Astrales hamonitas llegar hasta los huéspedes del Emperador —apuntó.

—Puede que sí y puede que no —contestó Tinsley—. Ya le dije que se trataba de una misión arriesgada u difícil. Pero todas las dificultades que encuentre usted en su falsa personalidad de Amulnig Amyot, no son nada comparado con las que tropezaría un agente especializado sin parecido alguno a un auténtico hamonita. Porque lo primero que hará el enemigo, como es lógico, será comprobar su identidad.

—¿Quiere decir que sólo yo puedo desempeñar esa misión entre tantos millones de hombres que hay en la Tierra? —preguntó Arthur.

Y el general contestó:

—Compréndalo. Nos llevaría mucho tiempo buscar otro hombre que se pareciera al capitán Amyot o a cualquier otro de los oficiales enemigos que tenemos prisioneros.

Arthur Welby quedó unos minutos silencioso y pensativo.

—¡En fin! —suspiró— Si no hay más remedio…

Una hora después, el sedan negro de número de matrícula muy bajo, abandonaba las ruinas de la Universidad de Harvard para alejarse en dirección a Boston.

CAPÍTULO III

Una vaga inquietud dominaba a Arthur Welby cuando el oficial del campo de prisioneros se asomó a la puerta y anunció:

—Los prisioneros están aquí, mi general.

—Que pasen —dijo el general Thomas Tinsley. Y lanzó una mirada sobre el doctor Welby.

Arthur Welby adoptó la actitud orgullosa y fría que en su lugar hubiera adoptado el verdadero capitán Amulnig Amyot. Vestía un uniforme azul eléctrico, ya decolorado y bastante ajado por el uso; calzaba botas altas de cuero rojo y sostenía bajo el brazo, en la posición reglamentaria, un casco dorado con visera y alta cimera de plumas verdes y amarillas.

La prueba carecía de importancia si se comparaba con las que el falso Amulnig Amyot tendría que soportar a su llegada al planeta Ziryab. Los tres supervivientes de la antigua tripulación del aparato del capitán Amulnig no podían haber confraternizado mucho con su jefe, ya que en la disciplina espartana de las fuerzas armadas hamonitas no se permitía familiaridades entre individuos de distinto rango.

Además, los tres astronautas, un mecánico, un navegante y un radiotelegrafista, habían estado separados de su capitán desde que fueron hechos prisioneros, hacía tres años.

En este tiempo casi debían haber olvidado los rasgos de la cara de su oficial. Pero no fue así. Le reconocieron en seguida y se cuadraron

saludando rígidos, con una violenta inclinación de cabeza.

—¿Saben ustedes para qué fueron traídos aquí? —les gritó Arthur, porque un oficial hamonita debía chillar siempre a sus inferiores y tratarles brutalmente para hacerse respetar.

Los astronautas hamonitas guardaron profundo y respetuoso silencio y Arthur vociferó: —Vamos a regresar a Ziryab.

Los hamonitas ni siquiera pestañearon, porque el dominio sobre sí mismos era una virtud que se les enseñaba y no podían faltar a ella sin degradarse. Sin embargo y por la forma en que brillaron sus ojos se les adivinaba sorprendidos y rebosantes de júbilo.

—¿Están ustedes preparados? —preguntó el general Thomas Tinsley en defectuoso hamonita. Y haciendo una seña a la escolta todo el grupo abandonó el edificio.

La comedia tenía por escenario la base Larson de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas junto al lago Moisés, Washington.

A un lado de la pista de rodaje se alineaban los platillos volantes (O.V.D.)

de las recién creadas Fuerzas Siderales de los Estados Unidos de América.

Eran todos aparatos nuevos, recién salidos de fábrica, flamantes y pintados de azul oscuro, casi negro. Formaban una doble e interminable fila que casi desaparecía en el horizonte, y parecían concentrados allí (lo estaban en realidad) para impresionar a los astronautas hamonitas.

Separados de la formación, en el centro de la pista, y muy cerca del pabellón de donde acababan de salir los prisioneros, se veía un platillo volante igual que los otros, pero de color gris plateado y con el emblema de las Fuerzas Astrales Imperiales de Hamon en el ancho anillo que rodeaba la esfera central.

El emblema consistía en un sol llameante rodeado de diez estrellas de cuatro puntas. Representaba el sistema planetario solar con los diez planetas que giraban alrededor del Astro.

Flanqueados por los soldados norteamericanos armados de fusiles ametralladores, los tres hamonitas y el doctor Arthur Welby llegaron hasta el pie de aquel platillo volante acompañados del general Thomas Tinsley y un pequeño grupo de jefes y oficiales de las Fuerzas Aéreas.

La escolta se apartó a un lado. El general tomó de manos de su ayudante un sobre alargado, cerrado y sellado. Dando a entender con ello que ya había hablado con el capitán Amulnig acerca del particular, el general puso en sus manos este pliego mientras decía:

—Este es el mensaje que deberá usted entregar al Emperador, a ser posible en propia mano.

Luego señaló al platillo volante y añadió:

—El aparato lleva provisiones y está equipado para que puedan alcanzar Ziryab sin contratiempos.

—Suban ustedes. Arthur hizo señas a sus hombres para que le siguieran y trepó por la escalerilla. Un angosto pasillo que se abría entre la maquinaria que atestaba el anillo del aparato le condujo hasta la sólida escotilla de tres diámetros diferentes que llevaba hasta la cabina.

Durante todo un año, Arthur Welby había estado adiestrándose en el manejo de los platillos volantes. La cabina y todo cuanto le rodeaba, por lo tanto, le era conocido y familiar.

Los tres astronautas hamonitas entraron tras él en la cabina y se quedaron mirándole con expresión entre incrédula y sorprendida.

—Los perros americanos —les dijo Arthur desabridamente— nos permiten volver a nuestra patria para que llevemos un mensaje al Emperador. Según tengo entendido desean la paz.

Esta explicación pareció satisfacer a los hamonitas.

—¡Vayan a sus puestos! —les gritó Arthur autoritariamente. Y fue a ocupar el asiento del piloto.

Ante él tenía una pantalla de televisión de forma semejante a la pantalla del cinerama. Arthur echó una mirada experta a las esferas indicadoras del cuadro de instrumentos y apretó el botón que cerraba automáticamente las escotillas del aparato.

Luego conectó la pantalla de televisión. La base Larson se mostró a sus ojos en su doble e interminable fila de flamantes platillos volantes. Vio al general Thomas Tinsley y a los oficiales que se retiraban seguidos de la escolta armada u se despidió mentalmente de ellos.

Aunque había llegado a considerar su viaje al planeta Ziryab como algo natural a la vez que irremediable, Arthur sentía en este momento

una desagradable sensación de peso en el fondo del estómago.

“Esto es miedo”, pensó para sí.

Los tres hamonitas tenían sus ojos fijos en él. Arthur se dio cuenta de ello y trató de justificar su momentánea distracción murmurando lo bastante alto para que la tripulación lo oyera:

—Estos miserables terrícolas han copiado nuestras máquinas y las están fabricando en grandes cantidades. ¡Bien! Por mucho que corran no nos sacarán la delantera. Vámonos ya, y que la cólera de Tabot los confunda.

Los reactores atómicos del platillo volante dejaron oír su suave y característico zumbido. Arthur Welby tiró de la palanca aceleradora y la máquina se elevó verticalmente en el aire sin aparente esfuerzo.

No obstante existía una fuerza poderosa que tiraba del platillo volante hacia abajo, ésta era la fuerza de gravedad de la Tierra, que los chorros de electrones que salían de las toberas tenían que vencer por un proceso idéntico al de los aviones a reacción, súbitamente anticuados frente a la novedad de los platillos volantes.

Al elevarse por encima de la base Larson, de la cual obtenían ahora una amplia panorámica a vista de pájaro, una escuadrilla de platillos volantes de color azul oscuro, con la blanca estrella del emblema americano en sus anchos anillos, se puso a volar a derecha e izquierda de la máquina hamonita, elevándose con ella por encima de la estratosfera.

—Nos darán escolta hasta más allá de la órbita de la Luna —confió Arthur reservadamente a sus hombres.

A medida que ganaban altura, el platillo volante aumentaba su velocidad. Ésto sin embargo apenas si se percibía a bordo de la astronave, porque los puntos de referencia quedaban demasiado lejos.

Bosques, ríos, lagos y montañas se confundían para formar la mancha inmensa del continente. Las nubes estaban tan abajo que sólo se veían a modo de una neblina sutil.

La formación de platillos volantes dejó atrás la atmósfera, luego la ionosfera, y se adentró en la inmensa soledad de los espacios infinitos en donde la Tierra, el Sol, la Luna y las estrellas brillaban en un cielo negro… profunda y aterradoramente negro.

Sentado ante los mandos de la astronave, en el ambiente exótico de la

cabina de una máquina a la que con todo no había logrado acostumbrarse, el doctor Welby pasaba revista a los doce meses transcurridos desde que el general Thomas Tinsley y el coronel Berryman, del Servicio de Inteligencia, le visitaron en los sótanos de la derruida Universidad de Harvard.

Arthur acababa de pasar por la experiencia más dura de su vida.

Aunque en este momento iba camino de la aventura, dispuesto a enfrentarse con mil peligros, todos los cuales conducían a la muerte, Arthur sentía una especie de liberación tanto física como espiritual.

Desde luego, jamás hubiera aceptado hacerse cargo de esta misión de haber sospechado lo que le esperaba antes de emprenderla.

Tal vez exageradamente —estaba seguro de ello— los hombres que idearon sustituirle por el capitán Amyot creían que del éxito de la misión del doctor dependía algo tan decisivo como la libertad o la esclavitud y el exterminio de la Humanidad entera.

En este criterio, el Estado Mayor General norteamericano quería obtener las máximas garantías de que su enviado especial no fracasaría.

—Vamos a hacer de usted un auténtico capitán Amyot. Un auténtico oficial de las Fuerzas Astrales hamonitas —aseguró el coronel Berryman.

Y Arthur Welby sonreía ahora amargamente recordando el ingenuo entusiasmo con que se lanzó a emprender el papel de capitán Amulnig Amyot.

Creía Arthur que todo se reducía a llegar a dominar el idioma hamonita y aprenderse de memoria los nombres de los familiares y amigos que el verdadero Amulnig Amyot dejó allá en el planeta Ziryab.

Pero ésta era solamente una de las asignaturas difíciles del programa que el Servicio de Inteligencia le habían preparado.

En realidad Arthur tenía que conocer toda la vida y pasado de su doble extraterrestre. Tenia que sentir, pensar y obrar como el verdadero Amulnig pensaría, sentiría y obraría en unas circunstancias dadas.

Teniendo en cuenta que Amulnig había recibido una educación en arreglo a la forma de existencia de su pueblo, con unos criterios y

atavismos heredados de sus lejanos abuelos, lo que pretendían los instructores de Welby era extraordinariamente difícil.

Sin embargo, y a fuerza de violentar sus propios sentimientos para colocarse en el papel de Amulnig Amyot, Arthur consiguió sentirse casi tan hamonita como su propio doble.

Incidentalmente, Arthur comprendió entonces cual era el talento de los grandes artistas que, al representar un papel, daban al público la impresión de que eran los mismos personajes que copiaban.

El secreto consistía en vivir el papel, exaltándose, emocionándose o enfureciéndose como lo haría el mismo personaje en realidad. Para Arthur fue una sorpresa descubrir en sí mismo excepcionales cualidades de actor.

Durante un año vivió junto al capitán Amulnig Amyot, compartiendo su misma habitación, paseando, comiendo y asistiendo a espectáculos con él. Así no sólo practicó a todas horas el idioma hamonita, sino que se contagió del acento y las expresiones del propio Amulnig, enterándose al mismo tiempo de sus gustos y aficiones.

Cuando no estaba con Amulnig, Arthur se adiestraba en el manejo de los platillos volantes, estudiaba astronomía o física nuclear, o se aprendía las ordenanzas del ejército hamonita o practicaba la esgrima y la lucha libre, a la que tan aficionados eran los hombres de Ziryab.

Como capitán Amulnig era receloso y desconfiado, Arthur llevó durante once meses una hermosa barba y un bigote, así como gafas de sol, para que el hamonita no se diera cuenta de la semejanza existente entre ambos y entrara en sospechas de lo que se tramaba contra su planeta natal.

El capitán, a quien no era fácil arrancarle secretos, fue sometido periódicamente al sueño hipnótico que proporcionaba cierta droga e interrogado cuando no se encontraba en condiciones de urdir mentiras.

También le fueron tomados kilómetros y kilómetros de película desde cámaras cinematográficas disimuladas, cuando él se creía solo. Estas películas eran luego largamente estudiadas por Arthur y sus profesores, los cuales le hacían notar las particularidades de los movimientos de aquel hombre.

Con todo y a pesar de este duro entrenamiento, Arthur Welby seguía corriendo un grave riesgo al emprender su aventura.

El capitán Amulnig, como todos los hamonitas educados en la religión sintoísta, era extremadamente respetuoso con sus padres y llevaba fotografías de éstos entre sus ropas cuando fue hecho prisionero.

Arthur, pues, estaba preparado para un encuentro con los padres y hermanos de Amulnig. También conocía por sus nombres y semblanzas a todos los oficiales que cayeron prisioneros en la Luna. Pero Amulnig conocía también a muchos compañeros de armas que no se contaban entre los prisioneros, y con los cuales podía tropezarse Arthur en Ziryab.

En fin de cuentas, el éxito de la empresa de Arthur Welby dependía en buena parte del factor suerte, lo cual no era nada alentador.

Al cruzar la órbita de la Luna, tal y como había quedado convenido, la escuadrilla que escoltaba al platillo volante hamonita empezó a quedarse rezagada para describir un amplio viraje y volver atrás.

Aunque al verse solo Arthur se sintió extraordinariamente deprimido, exhaló un suspiro de satisfacción como si realmente se alegrara de perder de vista a los aparatos terrícolas.

En sus relaciones con los miembros de la tripulación, Arthur no había de encontrar dificultades. Un abismo de convencionalismos separaban al altivo capitán de sus subordinados. Arthur podía permanecer un día entero sin despegar los labios y los hamonitas no extrañarse en absoluto de ello.

Sin embargo, era tradicional que los orgullosos y lacónicos oficiales de las Fuerzas Astrales Imperiales se mostraran más locuaces y accesibles en las largas y aburridas travesías siderales.

En las siete semanas que duró la travesía, Arthur dejó que la tripulación charlara desahogadamente a sus anchas.

Esto le sirvió para conocer aún mejor el carácter de los hamonitas, el cual era de una complejidad tremenda. Los astronautas mostrábanse furiosos porque habían sabido por el periódico que se publicaba en el campo de prisioneros, que las Fuerzas Siderales Terrícolas, acompañando a la fabulosa e invencible astronave marciana, habían seguido lanzando bombas de hidrógeno y bacterias venenosas contra las fábricas, ciudades y los campos del planeta Ziryab.

No se detenían a considerar que ellos habían hecho lo mismo y aun cosas peores en sus ataques a la indefensa Tierra, ni que estaban cosechando la semilla del mal que sus platillos volantes sembraron

profusamente en el planeta que intentaban conquistar. Y todo era proferir amenazas contra la maldita raza terrícola, amenazas que esperaban cumplir algún día.

Sin embargo, y a medida que se aproximaban a Ziryab, Arthur notaba a sus compañeros crecientemente nerviosos e impacientes. En efecto, sentían prisas por llegar y conocer lo que allí había ocurrido durante su ausencia; cuál sería la situación del país y el estado en que encontrarían sus casas y parientes.

También Arthur sentíase preocupado, si bien por causas muy distintas. Pero visto a través de los ojos de sus subordinados, éstos creían que le afligían las mismas preocupaciones que a ellos.

A una distancia de medio millón de kilómetros de Ziryab, cuando el platillo volante ya llevaba varios días frenando su veloz carrera, el planeta aparecía en forma de un disco plateado más grande que como los terrícolas veían a la Luna desde la Tierra.

En aquél disco se dibujaba claramente la mancha más oscura del único continente que lo ocupaba. En este continente, de una superficie equivalente a la de Europa Asia, se hacinaban 8.000 millones de seres humanos. El resto del globo, de volumen idéntico al de la Tierra, estaba ocupado por un solo e inmenso océano salpicado de islas diminutas que eran cimas de volcanes, la mayoría de ellos en actividad.

La naturaleza había sido muy parca el repartir sus dones en aquel planeta. El continente en donde habitaban los hamonitas, excepto en su zona meridional, disfrutaba de un clima semejante al de Canadá.

La geografía del planeta enemigo la había estudiado Arthur en los propios libros hamonitas y le era bastante conocida. Sabía que los ziryabitas tenían motivos, aunque no derechos, para intentar la aventura de conquistar la Tierra. Para aquellos hamonitas, acostumbrados a una lucha milenaria e inútil contra la aspereza de su suelo y las inclemencias de su clima, los tibios y fértiles continentes de la Tierra representaban un paraíso fascinante que excitó su codicia en cuanto lo descubrieron.

Arthur estaba seguro de que los hamonitas no renunciarían fácilmente a sus ambiciosos planes, y este pensamiento le dio ánimos en un momento en que verdaderamente necesitaba de ellos. Una patrulla de platillos volantes se acercaba a gran velocidad. El radiotelegrafista de a bordo captó un radio donde se le ordenaba que remitieran la imagen televisada del comandante de la máquina.

Minutos más tarde, Arthur contestaba a las preguntas que desde la pantalla de televisión le hacía el comandante en jefe de aquella patrulla, cuyo grado equivalía al de contralmirante de la flota norteamericana.

La misión que llevaba Arthur Welby a Ziryab era, no sólo el mejor pretexto que hubieran podido inventar los jefes del Servicio de Inteligencia norteamericano, sino el único que podía engañar a los hamonitas.

Aunque con desconfianza y algunas reservas, el platillo volante de Arthur fue escoltado y conducido hasta Ziryab y, ya en la atmósfera de éste, obligado a aterrizar en una base aérea enclavada entre los hielos eternos del Polo Norte ziryabita.

Arthur Welby y la tripulación abandonaron el platillo volante y anduvieron con las manos en alto hacia el grupo de hambres que les esperaban a una distancia prudencial, apuntándoles con pistolas y ametralladoras.

A bordo de un trineo automóvil, Arthur fue llevado a presencia del contralmirante que mandaba la patrulla, el cual le introdujo, a su vez, en el despacho del almirante jefe de la base.

—Este hombre dice venir de la Tierra con un mensaje para nuestro Emperador —anunció el contralmirante. Y depositó sobre la mesa el sobre cerrado y lacrado que se había incautado a Arthur.

—Podría ser un espía —dijo el almirante con voz fuerte—. Que averigüen si tanto él como sus hombres pertenecen realmente a nuestras Fuerzas Armadas.

Arthur fue devuelto a la escolta armada y encerrado en una celda hasta que, al cabo de cinco horas, entró para interrogarle un capitán del Servicio de Inteligencia u organismo similar a éste de los hamonitas.

El capitán, que acababa de llegar a bordo de un platillo volante trayendo las fichas de los cuatro sospechosos, había interrogado ya a los tres hombres de la tripulación y estaba predispuesto a favor de Arthur Welby.

Unas cuantas preguntas y la comprobación de las fotografías de la ficha con el original viviente bastaron para tranquilizar al oficial.

Dos horas más tarde, Arthur Welby subía a un platillo volante en compañía del capitán que le había identificado, para ser llevado a la

capital del Imperio.

CAPÍTULO IV

Los ziryabitas, en sus ataques contra el planeta Tierra, habían respetado las ciudades porque al parecer tenían intenciones de utilizarlas cuando posteriormente invadieran aquel mundo.

Este no era el caso de los terrícolas, que habían bombardeado y destruido todas las ciudades ziryabitas de grande o mediana importancia. Geber, la antigua ciudad imperial enclavada en el corazón del continente, era un montón de escombros cuando el platillo volante que llevaba a Arthur pasó sobre ella para dirigirse a la cordillera de montañas próxima.

Bajo la roca firme de la montaña, los hamonitas habían excavado hacía años una segunda ciudad que servía de refugio a los habitantes de la capital.

—¿Hubieron muchas víctimas cuando la ciudad fue destruida? —preguntó Arthur a su acompañante.

—La bomba gigante de hidrógeno que lanzaron los perros terrícolas apenas causó víctimas —contestó el oficial—. Advertida con tiempo del ataque, la gente tuvo tiempo de refugiarse en la ciudad subterránea.

En cambio, según dijo el oficial, la guerra bacteriológica desencadenada por los perros terrícolas había causado y seguía produciendo una verdadera hecatombe de muertes.

Como antes había ocurrido en la Tierra, Ziryab se enfrentaba ahora con el fantasma del hambre y la peste. Las toxinas venenosas, contra las que Arthur Welby fue vacunado antes de salir de la Tierra, habían aniquilado los ganados de Hamon, haciendo también venenosas las cosechas y matando directamente a las personas que las inhalaban o tragaban. Los refugios subterráneos y los campamentos al aire libre lejos de las ciudades destruidas, eran otros tantos centros de infección en donde el hambre hacía estragos y los vivos no se daban abasto para incinerar a las víctimas de la peste. Sin embargo, nada de esto se notaba en el refugio imperial a donde Arthur fue llevado. El platillo volante aterrizó en el fondo de un profundo cañón cuyas paredes estaban cortadas a pico. Arthur y el capitán Hotik, que era oficial del

Estado Mayor Imperial, echaron pie a tierra y se encaminaron hacia la boca de un túnel excavado en la base del acantilado, en donde fueron interceptados por un grupo fuertemente armado que inquirió su identidad.

Antes de entrar en la ciudad propiamente dicha, los recién llegados fueron introducidos en un puesto de control sanitario. Allí les hicieron desnudar, les ducharon con un líquido desinfectante y fueron sometidos a varias pruebas para comprobar si estaban contaminados de radioactividad, cuál era su estado de salud y si llevaban bacterias del cólera en la sangre.

Luego les vacunaron, les dieron uniformes nuevos, limpios y desinfectados y pasaron por un estrecho túnel a la ciudad subterránea imperial. Ésta no podía sorprender a Arthur, que había visto la grandiosidad de las ciudades subterráneas marcianas. Sin embargo, hubo de reconocer que los hamonitas realizaron una obra magnífica al construir aquel refugio para su Emperador Sol.

Las calles por donde Arthur pasó eran largas, de altos techos y suficientemente anchas para que pudieran circular automóviles por ellas. Sin embargo, no había tráfico de automóviles en los subterráneos. Los únicos vehículos que se permitía circular eran literas y palanquines llevados por criados kumas, o sea de raza roja.

Este anacrónico sistema de locomoción armonizaba bien con la forma de vestir de las hermosas mujeres que se recostaban en las literas y los caballeros que las saludaban al paso.

La moda, como la mentalidad hamonita, había permanecido estacionaria mientras progresaba el maquinismo y surcaban el aire los aeroplanos y los platillos volantes. La túnica era la prenda nacional y los nobles refugiados de aquella ciudad las usaban de todos los colores imaginables.

La entrada al palacio imperial estaba situada en el centro de una plaza, y adoptaba la forma de un pabellón de donde arrancaban la escalinata y los ascensores que conducían a la residencia privada del Emperador, la cual se encontraba a varios metros de profundidad bajo la plaza.

Esta plaza era a modo de una antesala del palacio y en ella se reunía la corte intrigante y ociosa, formada de la flor y nata de la nobleza hamonita.

La plaza estaba atestada por una multitud abigarrada, parlanchina y

elegante, cuando Arthur llegó a ella acompañando al capitán Hotik.

—Supongo que no se me permitirá que entregue de propia mano el mensaje al Emperador —insinuó Arthur. Y Hotik contestó: —Claro que no. No obstante vamos a interrogarte para redactar un informe detallado. Por lo pronto te alojarás en el Cuartel de la Guardia Imperial.

Arthur, en efecto, fue conducido al espacioso cuartel de la Guardia y alojado en una de sus habitaciones.

Arthur quedó solo en su pequeña habitación, pero al poco rato llamaron a la puerta y entró un criado kuma, el cual le hizo una profunda reverencia anunciando que había sido designado para servirle mientras permaneciera en el cuartel.

El terrícola, precavidamente, trató al kuma con desprecio ordenándole que le trajera algo para comer.

Cuando el kuma salió. Arthur registró palmo a palmo la habitación para asegurarse de que no había ningún micrófono oculto.

Cuando volvió el kuma y mientras le preparaba la mesa, Arthur lo miró con desprecio y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, rojo?

—Basud, señor —contestó el kuma haciendo una profunda reverencia.

—Hace unos años que estoy ausente de Ziryab. Dime, ¿qué fue de vuestro rey Eutiques? ¿Vive todavía?

—Vive, señor. El rey Eutiques y la princesa Tanit gozan de perfecta salud.

—¿Cómo lo sabes?

—Están aquí, en la ciudad imperial.

Arthur refunfuñó como si le desagradara la noticia y no volvió a preguntar. Como la vida de la ciudad se regía por el horario oficial y ya era noche en la superficie del planeta, Arthur se acostó para dormir nueve horas de un tirón.

A la mañana siguiente fue a buscarle el capitán Hotik. Arthur estaba desayunando.

—Deja eso —le dijo Hotik con brusquedad—. Rasúrate la cara, ponte

tus mejores galas y prepárate para bajar a palacio. El Emperador Sol —Hotik inclinó respetuosamente la cabeza— ordena que comparezcas ante él.

Arthur calculó que el auténtico capitán Amulnig se hubiera echado a temblar ante la perspectiva de una entrevista personal con el Emperador y procuró autosugestionarse dejando caer el cuchillo, volcando un vaso, castañeteando los dientes y dando muestras de terror y preocupación.

A decir verdad, estaba sinceramente impresionado. No todos los días alcanzaba un norteamericano el privilegio de verle la cara al todopoderoso Emperador de Hamon.

Mientras el criado kuma le afeitaba, el capitán Hotik le confió que el sobre traído por Arthur había sido abierto por el Servicio de Seguridad Interior (equivalente del Servicio de Inteligencia americano) con todo lujo de precauciones. Cuando se tuvo la seguridad de que el mensaje no contenía nada capaz de perjudicar al Emperador, le fue entregado al mayordomo de éste, quien se lo leyó.

—El Emperador montó en cólera al conocer las condiciones de los perros terrícolas y juró aniquilar a esa orgullosa raza haciéndoles morder el polvo. Se enfureció mucho y ha pasado una mala noche. Al levantarse esta mañana ordenó que le fuera traído a su presencia el oficial que le hizo el servicio de estafeta. Así que vamos allá. Si nos retrasamos un segundo el emperador puede enfurecerse todavía más y hacer que nos corten la cabeza a ti y a mí.

Minutos más tarde, Arthur y el capitán Hotik bajaban desalados la escalera y se precipitaron en el enorme ascensor que desde el mismo cuartel llevaba los relevos de la guardia al palacio que se encontraba debajo.

La mala noche que el Emperador había pasado por causa del mensaje de los terrícolas y su estado actual de extrema irritación hacían andar de coronilla a todo el palacio. Los oficiales hablaban por señas cuchicheando. Los soldados estaban nerviosos y los criados corrían de un lado para otro, con la mirada asustada y los pies ligeros.

En este momento Arthur no necesitaba simular pánico. Estaba realmente asustado.

“¿Y si a ese bestia de emperador le da por ordenar que me corten el cuello?”

—se preguntó alarmado cuando cruzaban los anchos corredores excavados en la roca, con placas de pulidos mármoles cubriendo pisos, techos y paredes.

Un atlético coronel de la Guardia Imperial, emperifollado y cubierto de entorchados, tomó a Arthur de manos del capitán Hotik y le precedió por un largo corredor sin dejar de mascullar:

—¡Aprisa, aprisa!

Iban hacia unas enormes puertas talladas artísticamente. Un oficial saludó y salió corriendo por un pasillo lateral.

—¡No, al salón del trono, no! —dijo todo excitado— ¡El Emperador os espera en sus habitaciones!

El coronel cambió bruscamente de rumbo llevando tras sus talones a Arthur y al oficial de la Guardia. Un paje vestido de brocados corrió al encuentro del coronel.

—¡El Emperador acaba de entrar en su gabinete particular!

Sudando, jadeando y mascullando maldiciones, el coronel condujo a Arthur hasta una pequeña puerta dorada. La puerta se abrió violentamente y por ella salió un hombre de cabellos blancos, vestido con una túnica amarilla, el cual exhaló un suspiro de alivio al ver al coronel que llegaba seguido de Arthur. —¡Rápido, por aquí!

Entraron en una especie de antesala decorada con tapices.

—Recuerde que debe cubrirse los ojos mientras esté en presencia del emperador —cuchicheó el coronel cerca del oído de Arthur.

El aviso fue muy oportuno, porque el terrícola había olvidado este detalle. El hombre de la túnica le agarró de un brazo y le arrastró consigo a un despacho contiguo.

Arthur ni siquiera recordaría luego cómo era este gabinete. Vio a un hombre alto, rubio y fuerte, que vestía una túnica púrpura con los festones bajos de oro y se paseaba furiosamente de arriba abajo por detrás de una mesa, y se dejó caer de rodillas, cubriéndose los ojos con la mano, como si le cegara alguna luz resplandeciente que emanara de la divinidad mortal.

—¡Levanta y acércate! —rugió la voz tonante del Emperador.

Arthur, maldiciendo interiormente la debilidad que le impulsó a

aceptar este papel, se incorporó y se acercó tímidamente a la mesa. Seguía con la mano extendida a modo de pantalla sobre los ojos e inclinaba servilmente el espinazo. Encima de la mesa, por debajo del borde de su mano, vio desplegado y arrugado el mensaje del Presidente de los Estados Unidos, que él había traído desde la Tierra.

Una mano blanca y fuerte, la del Emperador, cogió el pliego de la mesa y lo sacudió ante la cara de Arthur.

—¿Fuiste tú quien trajo este mensaje desde la Tierra? —gritó el Emperador.

—Sí, Serenísimo —contestó Arthur entrecortadamente.

—Los americanos nos conminan a deponer las armas. Imponen como condiciones, para que cesen las hostilidades, que devolvamos a los kumas su rey, su archipiélago y el territorio continental del que fueron expulsados por nosotros. Dice aquí que tú has visto la potencialidad de la industria americana y que puedes dar fe del gran número de aparatos interplanetarios y materiales de otras clases que están preparando para aplastarnos. ¿Es eso cierto? ¿Te llevaron a visitar las industrias americanas antes de dejarte en libertad?

—Sí, Serenísimo —repuso Arthur.

—¿Crees que ellos tienen más platillos volantes, más cañones y más carros de combate que nosotros?

—La recuperación de la industria americana es verdaderamente incomprensible —aseguró Arthur—. Han sacado sus fábricas de los escombros, las han reconstruido y las tienen trabajando ahora a un ritmo loco. Los platillos volantes salen de sus cadenas de montaje, listos para entrar en combate, a razón de uno por día. Como tienen varias fábricas construyéndolos, pueden hacer quizás diez aparatos por día, lo que arroja un total de tres mil seiscientos a tres mil setecientos por año. Pero no son solamente los Estados Unidos quienes fabrican platillos volantes. También los fabrica Rusia, Inglaterra. Australia, Canadá y otros cuatro o cinco países, aunque no al ritmo de los americanos.

—¿Y sus campos? ¿Y sus cosechas? —preguntó el Emperador— ¿Siguen habiendo pestes allí?

Arthur informó al Emperador de la lenta, pero segura recuperación industrial y agrícola de las naciones de la Tierra. De cómo los investigadores habían aislado, acorralado y destruido uno por uno

todos los virus arrojados por las Fuerzas Astrales del Imperio en los primeros meses de campaña.

El emperador le preguntó si sabía algo de los planes de invasión con que les amenazaban los americanos. Arthur contestó que los norteamericanos guardaban en riguroso secreto estos planes. No obstante, sabía que estaban utilizando la gigantesca astronave marciana para llevar a la Luna grandes cantidades de material de guerra y piezas y motores para montar allí sus astronaves de transporte. Como en la Luna era muy débil la fuerza de gravedad, las astronaves que por su tamaño y el peso de su carga no hubieran podido despegar de la Tierra, lo harían fácilmente desde la superficie de su satélite.

—La invasión de Ziryab es sólo cuestión de tiempo —aseguró Arthur espiando la expresión del rostro del Emperador a través de los dedos con que seguía haciendo pantalla ante los ojos—. Dentro de un año, a lo más tardar, las naciones unidas terrícolas tendrán suficientes platillos volantes, transportes astrales y material acumulado en la Luna para lanzarse contra Ziryab.

—¡Estúpido! —gritó iracundo el emperador— ¿Todas esas son las noticias que has traído? Haré que te corten la cabeza para que jamás vuelvas a ser portador de tan desdichados informes! ¡Aquí la guardia!

La puerta se abrió violentamente en tanto Arthur Welby palidecía.

El coronel que le había acompañado antes, más cuatro soldados armados de grandes sables y pistolas al cinto, se precipitaron sobre el terrícola y le llevaron en volandas hacia la puerta.

—¡Serenísimo! —gritó Arthur inspirado por una idea salvadora— ¡Tengo otra nueva noticia para vos, y esta es buena!

El Emperador al que ahora podía ver Arthur frente a frente por tener los brazos cogidos por los soldados, hizo una breve señal.

—¡Alto! —ordenó el coronel. Y el grupo quedó como clavado en el suelo. —Habla —insistió el Emperador con el ceño fruncido—. Y ojalá lo que tienes que decir sea lo bastante bueno para salvar tu vida.

—Dentro de un año el enemigo estará en condiciones de lanzarse al asalto de nuestro planeta —repitió Arthur—. Pero no lo hará. Las naciones de la Tierra están divididas por el odio, la ambición y la desconfianza. Una de ellas, los Estados Unidos de Norteamérica, posee la diabólica nave marciana cuyos misteriosos rayos aniquilan platillos

volantes a distancia. Las restantes naciones de la Tierra exigen que los americanos destruyan esos infernales rayos, pues temen que luego de derrotarnos a nosotros, los americanos los utilicen contra sus aliados para quedarse como únicos dueños de la Tierra, de Ziryab y de todo el reino del Sol del que Vos sois dueño.

—¡Por mis gloriosos antepasados! —exclamó en emperador dando un paso hacia Arthur—. Eso que me cuentas es muy propio de la estupidez de aquel mundo. ¡Sigue hablando!

Arthur aspiró profundamente el aire y prosiguió diciendo:

—Por lo tanto, las naciones terrícolas no ayudarán a los americanos a luchar contra el Imperio, a menos que antes se desembaracen de los rayos desintegradores que lleva la astronave marciana.

—Pero los americanos, naturalmente, no accederán a esa exigencia de sus aliados —insinuó el Emperador clavando sus doradas pupilas en las del terrícola.

—Los Estados Unidos no tienen más remedio que acceder, pues de lo contrario se verán en guerra con todo el mundo. Los rayos de su astronave sólo son fatales para las máquinas que llevan uranio en sus entrañas, bien sea para alimentar motores atómicos o materia de fusión para las armas termonucleares. Pero cualquier otra máquina los soporta, e incluso los seres humanos pueden protegerse de ellos detrás de un gruesa coraza de plomo. Por lo tanto y en una guerra contra todo el mundo, los americanos serían invadidos por los tanques enemigos y sus fábricas de platillos volantes destruidas por las bombas atómicas lanzadas desde aeroplanos de chorro guiados por radio. Aunque los americanos siguieran en posesión de su astronave marciana, ésta sería impotente para dominar simultáneamente la Tierra y Ziryab.

—¡Por mis inmortales abuelos! —exclamó el emperador con pupilas centelleantes— Esa sí es en verdad una noticia digna de salvar tu cabeza. ¿Sabes si los americanos están próximos a decidirse por una guerra con sus propios aliados?

—Tengo entendido que los americanos optarían por la solución más beneficiosa para ellos —repuso Arthur sintiendo una inefable sensación de alivio—. Se resignarán a perder sus rayos desintegrantes.
—¿Cuándo?

—Antes de lanzarse a la invasión de nuestro mundo. Esa es la condición que ponen sus aliados.

—¿Así que intentarán invadirnos sin el apoyo de su astronave marciana? — murmuró el emperador acariciándose la barbilla. Y de pronto, soltando una risotada, gritó—: ¡Pues que vengan! ¡Por mis inmortales antepasados, que serán calurosamente recibidos!

Luego, dirigiéndose al coronel ordenó:

—Que este oficial redacte en un informe todo lo que acababa de decir y lo que no haya podido recordar ahora. Ha prestado un buen servicio al Imperio con su sagacidad observadora. Por cierto —añadió volviéndose hacia Arthur—, ¿cómo te has enterado de esa tirantez existente entre los Estados Unidos y las demás naciones de la Tierra?

—Cuando los americanos me llevaban por sus fábricas y arsenales para deslumbrarme con la potencia de su industria, cayó casualmente al alcance de mis ojos un periódico en donde lo decía. Su Serenísima Señoría debe saber que los estúpidos gobiernos de la Tierra anuncian siempre a gritos aquello que se proponen hacer.

—Sí, es cierto —rió el emperador, a todas luces con buen humor—. También cuando se preparaban para su expedición a Marte lo proclamaron a los cuatro vientos. Bueno, ve. Y en recompensa a tu servicio ordeno que asientes sobre tus hombros las charreteras de comandante con distintivo del Estado Mayor Imperial.

—Es santo el polvo que tus pies humillan, Serenísimo Señor — murmuró Arthur con lágrimas que no eran del todo fingidas en los ojos.

Y arrodillándose apoyó las palmas de las manos en el suelo, besó las losas de mármol y se retiró andando de espaldas hacia la puerta, con una mano a modo de pantalla ante los ojos, como si le deslumbrara la radiante luz que debiera irradiar la serenísima faz del Emperador Sol.

Silencioso y grave, el mismo coronel que había introducido a Arthur en las habitaciones imperiales le acompañó hasta donde seguía esperando el capitán Hotik, del Servicio de Inteligencia.

—El Emperador ha dispuesto que este hombre redacte un informe de todo lo que ha visto y oído durante su cautiverio en la Tierra —le dijo el coronel a Hotik. Y volviéndose hacia Arthur añadió secamente—: Ha tenido usted suerte, comandante Amyot, ¡mucha suerte!

CAPÍTULO V

Cuatro días empleó Arthur en redactar su informe, casi una novela. Luego solicitó y obtuvo permiso para trasladarse a Yerig, ciudad norteña en donde residían los padres de Amulnig Amyot.

Este viaje a través del continente resultó muy instructivo para Arthur, pues sirvió para apreciar en su justa medida los daños que el ataque esporádico de las Fuerzas Siderales Terrícolas habían causado en el planeta enemigo.

Estos daños, en general, eran importantes en lo que se refería a las ciudades y la agricultura. Pero las industrias de la guerra atómica contra kuma no habían sufrido daño y seguían produciendo platillos volantes a un ritmo febril.

Estas observaciones fueron la única utilidad que Arthur obtuvo en su viaje, porque no pudo hablar a los padres del verdadero capitán Amulnig en el caos reinante en los campamentos de refugiados que visitó.

Una semana más tarde, Arthur estaba de regreso en el refugio imperial, donde la nobleza hamonita, bien vestida y bien nutrida, revoloteaba en torno a la puerta del palacio imperial lejos de las escenas de horror que Arthur llevaba todavía grabadas en las retinas.

Arthur se propuso apresurar en lo posible el cometido que le había traído aquí.

Había averiguado que la familia real kuma estaba alojada en una vivienda excavada en los extrarradios de la ciudad subterránea, con algunos allegados a la familia, una pequeña escolta y unos cuantos criados.

Tanto los criados como los soldados de la escolta eran kuma; esto es, hombres rojos. Arthur, so pretexto de conocer la ciudad, dio un paseo por aquel lado y pasó por la plazoleta donde se abrían las habitaciones de la familia real de Kuma.

Dos soldados rojos, armados de lanza y espada, montaban la guardia ante la puerta de la casa. La plazoleta era de los kumas, pero sólo en apariencia. Los dos túneles que desembocaban en la plazoleta estaban guardados por soldados hamonitas armados de pistolas y ametralladoras.

Al llegar al cuartel donde se alojaba llamó a Basud, su criado rojo.

—Basud —le preguntó después de cerrar la puerta—. ¿Amas a tu rey Eutiques?

—Sí —contestó el kuma sin vacilar.

—¿Harías cualquier cosa, incluso arriesgar tu vida, para liberarle?

Basud miró a Arthur receloso y éste se vio en la necesidad de explicarle:

—No soy hamonita, sino un enviado especial de una de las naciones del planeta Tierra. He venido suplantando a un oficial hamonita expresamente para preparar la fuga del rey Eutiques.

Basud siguió mirando a Arthur con desconfianza.

—¿Por qué habían de preocuparse los terrícolas por la suerte de mi rey?

—preguntó.

Arthur, entonces, tuvo que explicarle las circunstancias que harían desear a las Naciones Unidas de la Tierra una alianza con el monarca de los hombres rojos de Ziryab.

—Si es una astucia para hallar un pretexto con que dar muerte a mi soberano, está muy bien urdida —contestó Basud, que era prudente e inteligente.

—¿No me crees? —preguntó Arthur desalentado— ¿Tendré que buscar a otro de tu raza para que me ayude, corriendo el riesgo de despertar sospechas y que me maten hundiéndose todo el plan que podría dar la victoria a la Tierra y a los kumas la libertad que ansían?

—¿Y qué puedo hacer yo para ayudaros? —exclamó Basud— No se permite a nadie salir ni entrar en las habitaciones reales.

—¿Ni siquiera se permite a los mismos soldados del rey?

—Es muy raro que un criado del rey salga de la plazoleta donde están ubicadas las dependencias reales.

—Pero si lo hacen alguna vez con causa justificada, tú podrías entrevistarte con ellos para que transmitiera mi recado a Eutiques. Necesito entrevistarme con él, ¿entiendes? Quizás pudiera entrar en sus habitaciones tiñéndome la piel y los cabellos para sustituir a uno de esos criados.

—La guardia los conoce bien a todos —aseguró Basud, moviendo la cabeza con pesimismo—. Nunca podrías engañar a la guardia dos veces seguidas, una a la entrada y otra a la salida.

—Pues deba existir algún medio para que yo pueda acercarme a tu monarca —refunfuñó Arthur sintiéndose desalentado—. ¿Es que Eutiques no sale nunca de su casa, ni siquiera para dar un paseo por la ciudad? —La familia real, cuando quiere solazarse, lo hace en un jardín que hay a su disposición detrás de sus aposentos.

—¡Un jardín! —exclamó Arthur sintiéndose nuevamente esperanzado —¿Dónde está ese jardín? ¿Cómo puede haber un jardín bajo la montaña?

—No está bajo la montaña, señor. Yo sólo sé decirle que no lo he visto nunca, pero creo que se trata de una garganta rodeada de acantilados inaccesibles. Solo un pájaro podría entrar en él.

—Un pájaro —murmuró Arthur—, y quizá también un platillo volante, ¿no es cierto?

—No lo sé, señor —contestó Basud.

Arthur paseó arriba y debajo de su pequeña habitación como un león enjaulado. Podía imaginarse aquel jardín particular del monarca kuma como un profundo cañón cerrado por altos acantilados, parecido al valle por donde se entraba a la ciudad subterránea imperial, aunque seguramente más pequeño.

—Mira, Basud —dijo deteniéndose ante su criado rojo—. Tú procura hacer llegar hasta Eutiques mis deseos de hablarle y yo me encargo de lo demás. Si hay un jardín detrás de las habitaciones del rey, ese jardín debe tener más de una entrada.

Arthur suponía que debía existir en alguna parte un plano de la ciudad subterránea. Durante los días siguientes, mientras Basud andaba al acecho de los criados del rey Eutiques esperando una ocasión propicia para abordarles, Arthur Welby siguió desempeñando sus funciones de comandante del Estado Mayor Imperial.

En el moderno imperio de Hamon no existía un gobierno propiamente dicho. El emperador era el jefe absoluto dela nación, con plenos poderes para dirigirla a su antojo.

En contra de los Estados Mayores Terrícolas, que por lo general se ocupaban exclusivamente de los asuntos bélicos, el Estado Mayor Imperial era un organismo que lo fiscalizaba todo; desde la

construcción de una alcantarilla en una perdida aldea del norte, a la producción agrícola, industrial y ganadera del país.

Parecía milagroso que una nación pudiera seguir adelante pese a la anarquía reinante en el seno de su organismo rector. Pero la razón era una y bien sencilla. El pueblo hamonita arrastraba consigo un hambre milenaria.

Junto a la magnificencia de las rutas imperiales contrastaban los polvorientos caminos provinciales. Al lado de una central atómica, el hombre empujaba una noria para regar su minúsculo pedazo de tierra. Alrededor de unos importantes laboratorios, las plagas asolaban la campiña. Las miserables barracas formaban círculo en torno a los espléndidos palacios feudales de los señores hamonitas…

La industria sólo producía para el Estado. El automóvil particular, el receptor de radio, la lavadora eléctrica y tantos otros objetos de uso común en las naciones de la Tierra, era un lujo desconocido en Hamon, excepto para la nobleza.

Los señores feudales administraba su propia justicia, cobraban los tributos a su capricho y podían hacer lo que les viniera en gana, con tal de no dejar de llenar de oro las arcas del Emperador.

Los mejor vestidos y alimentados eran los soldados, razón por la cual los hamonitas alcanzaban su empresa suprema de aspiración cuando se les daba un fusil y un uniforme.

Arthur Welby, adscrito a la sección aeronáutica del Estado Mayor Imperial, pudo obtener una larga serie de valiosos informes acerca de la ubicación y producción de las fábricas dedicadas a la fabricación de platillos volantes.

También consiguió alcanzar un plano de la ciudad subterránea imperial. Arthur supo así que existía, en efecto, una especie de hoya entre la ciudad-refugio. Al parecer, las habitaciones que actualmente ocupaba la familia real kumanita fueron construidas para el propio Emperador, el cual quiso disponer de un jardín. Posteriormente se consideró que una bomba de hidrógeno, cayendo precisamente en aquel agujero, podía derrumbar la vivienda excavada detrás de las paredes del acantilado.

Dos pasadizos que en la actualidad no se utilizaban, conducían desde los subterráneos al que seguían otros hasta desembocar al que seguía denominándose “jardín del Emperador”.

Simultáneamente con este descubrimiento, Basud consiguió hablar a solas con una de las criadas del rey Eutiques, la cual prometió llevar el recado a su ama la princesa Tanit.

Arthur localizó los túneles que levaban al jardín mientras esperaba noticias del monarca rojo. Y no tuvo que esperar mucho.

Dos días más tarde, la misma criada entregó a Basud un mensaje en donde decía:

“Estoy dispuesto a recibirle un día de estos, si encuentra usted la forma de llegar en secreto hasta aquí”.

—Cuando vuelvas a ver a esa muchacha —dijo Arthur a Basud mientras quemaba el papel—, dile solamente: “ESTA MISMA NOCHE, POR EL JARDÍN”. Después de recibir la carta, Arthur Welby esperó durante cinco días más hasta que, una tarde, Basud le dijo mientras servía la mesa:

—Vi a la muchacha este mediodía. Le di el recado.

Arthur se sobresaltó como un enamorado que recibe la primera cita de una amada inaccesible. Ya se había provisto de un juego de ganzúas y sabía donde estaban los túneles que conducían al jardín.

Arthur vistió su mejor uniforme, se echó la pistola en la funda y salió del cuartel arrastrando ostensiblemente el sable. En las calles de la ciudad, donde las luces brillaban eternamente, el tránsito disminuía en la horas nocturnas, aunque no se interrumpía nunca por completo.

El terrícola pudo alcanzar fácilmente el callejón en cuyo fondo se abría el túnel que conducía al jardín. La puerta estaba cerrada con llave, pero no resistió más de un angustioso minuto a las tentativas de las ganzúas. Arthur entró y cerró tras sí la puerta.

El túnel era largo, estrecho y estaba lleno de polvo y telarañas que Arthur tuvo que ir apartando con su sable. Sentía en aquel momento la ansiosa inquietud que sin duda había dominado antes que a él a todos los hombres que en la Tierra o en el propio Ziryab conspiraron con riesgo de su vida.

Una sorpresa desagradable le esperaba al final del corredor. La puerta que conducía al jardín estaba tapiada.

Mascullando maldiciones, Arthur examinó la obra a la luz de su linterna. Calculó que el tabique no sería difícil de echar abajo si encontraba alguna herramienta, pero carecía de ella.

Ya estaba dispuesto a volver atrás, dejando la expedición para otra noche, cuando pensó en la pistola que llevaba al cinto. ¿Y si practicara un pequeño barreno con la pólvora de los cartuchos?

Le llevó toda una hora el abrir con la punta del sable un agujero en la argamasa que unía los ladrillos. Luego roció la pólvora de los cartuchos en el agujero, fabricó una mecha con tiras de tela arrancadas de los faldones de la camisa y le prendió fuego retirándose a una distancia prudencial.

Aunque el barreno sólo produjo una explosión seca y apagada, a Arthur le pareció que hacía tanto ruido como una bomba atómica. Rogando al cielo para que nadie hubiera escuchado el ruido, Arthur volvió al tabique para comprobar que el barreno había practicado un agujero y agrietado toda la obra.

Sirviéndose de la hoja del sable, Arthur fue quitando ladrillo tras ladrillo hasta descubrir la puerta de acero inoxidable que había detrás del muro. La cerradura funcionó con un seco chasquido y los goznes, resecos, gimieron débilmente cuando Arthur empujó la pesada puerta. Apenas había dado un paso fuera del túnel cuando alguien cayó violentamente sobre él sujetándole los brazos a la espalda. Sintió el tirón con que le era arrebatada la pistola, y luego la aguzada y fría hoja de una espada que le pinchaba en el cuello. Por un momento, Arthur tuvo la certeza de que su complot había sido descubierto y acababa de caer en una trampa.

—¿Viene solo? —preguntó una voz silbante en la oscuridad.

—Sí —contestó Arthur retrocediendo ante el acero que le hacía daño.

—¿Quién es usted? ¿Conoce a Basud?

—Es mi criado.

Los hercúleos brazos que sujetaban a Arthur aflojaron la presa.

—Llevadle a casa —ordenó la misma voz que hizo las preguntas anteriores. Arthur se vio andando en la oscuridad, sintiendo en el rostro la fría caricia del aire. Las estrellas brillaban en lo alto y contra su débil claridad se dibujaban los bordes de una sombra maciza. Se encontraba pues en el fondo de aquel embudo llamado “jardín del Emperador”. Sus pies hollaban un prado húmedo y tierno.

Al acostumbrarse a la oscuridad reinante, los ojos del terrícola distinguieron vagamente el débil centellear de la luz de los astros en dos corazas de metal.

Tropezó en una piedra.

—Suba la escalera —le ordenaron.

Arthur contó una docena de escalones antes que la resonancia de sus propios pasos le dieran a entender que se encontraba en un túnel. A sus espaldas chirrió una puerta que se cerraba. Luego, las luces eléctricas se encendieron con brusquedad obligándole a parpadear deslumbrándole.

Dos hercúleos soldados kumas le llevaban asido por los brazos. Delante andaban otros tres hombres vestidos a usanza kumanita, con una especie de monos holgados que se cerraban en los tobillos y las muñecas.

Los trajes eran de brillante seda y tenían artísticos bordados en la espalda. Los hombres que los vestían se volvieron a mirar a Arthur. Uno de ellos era joven y los otros de bastante edad.

—Nada tiene que temer si realmente viene animado de buenos propósitos —dijo el más viejo de los tres, cuyo rostro encarnaba un aire digno y grave—. Venga por aquí.

Arthur le siguió hasta una habitación espaciosa, elegantemente amueblada, en donde era esperado por otros tres hombres de cabellos blancos y una muchacha que se asía al brazo de uno de ellos.

Los kumas no tenían por tradición disimular sus sentimientos, como hacían los hamonitas. Arthur les supuso nerviosos, casi asustados. La joven, de una belleza exótica y extraordinaria, tenía la tez blanca y se mordía los rojos labios. Sus grandes y almendrados ojos negros, ligeramente tirantes hacia las sienes, se clavaron en el apuesto oficial rubio entre tímidos y esperanzados.

—Mi nombre es Arthur Welby —dijo el terrícola saludando con una inclinación de cabeza—. Me envía el Presidente de los Estados Unidos de América. Espero tener el honor de encontrarme ante su Majestad el Rey Eutiques de Kuma.

El hombre de cuyo brazo se cogía la muchacha inclinó su blanca cabeza.

—Yo soy Eutiques, Rey de Kuma —anunció con voz ligeramente alterada. Y poniendo su diestra sobre la mano de la muchacha añadió —: Esta es mi hija, Tanit.

Arthur saludó gravemente a la joven, la cual le contestó con una leve

y pálida sonrisa.

—Estos son mis amigos y consejeros —señaló el rey a los hombres que le rodeaban—. Duque de Oudín, duque Rosso, conde Epdón, marqués Druviro y vizconde Taigeto.

Arthur saludó un poco molesto por tanto título nobiliario, y dijo:

—No sé si sabrán ustedes el motivo de mi visita.

—Nos han dicho solamente que quería usted preparar nuestra fuga — dijo el conde Epdón.

—En efecto —dijo Arthur—. Mi Gobierno, en nombre de las Naciones Unidas de la Tierra, invita a su Majestad a hacer causa común contra el Imperio de Hamon..., les supongo enterados de cuantas cosas están ocurriendo en el mundo desde que las Fuerzas Armadas Imperialistas empezaron a atacar a la Tierra.

El monarca agitó su blanca y noble cabeza asintiendo. Sí, estaban al corriente de todo. Seguir los acontecimientos del mundo por las noticias que daba la radio imperialista era la única distracción que tenían en su forzada reclusión.

—Hemos hecho votos para que Dios no desampare a sus hijos de la Tierra, y encontrarán una forma de rechazar a sus diabólicos enemigos —aseguró el rey—. Aquí hemos sufrido incontables amarguras por ustedes, cuando la radio del Imperio anunciaba triunfalmente los estragos que sus bombas atómicas y su guerra bacteriológica estaba causando en los indefensos habitantes de la Tierra. En cierto modo nos sentíamos culpables del daño de que eran víctimas, ya que fuimos nosotros, los kumas, quienes inventamos la bomba atómica y los platillos volantes.

—Las armas son malas o buenas según la intención de las manos que las empuñan —contestó Arthur sentenciosamente.

Y Eutiques afirmó:

—Sí, eso es cierto. Sin embargo, nos sentimos responsables de la desgracia de ustedes. Si nuestra derrota no hubiera sido tan completa..., si hubiéramos sabido que la Tierra existía más allá del Sol, aun sin conocerles, nosotros hubiéramos enviado allá nuestros platillos volantes juntamente con los hombres que los construyeron, para que su secreto no llegara jamás a poder de los hamonitas. Habríamos confiado más en el terrícola, con sernos desconocidos, que en la diabólica raza de Hamon —El monarca agitó su cabeza, suspiró y

añadió—: Por eso nos alegramos de todo corazón cuando los platillos volantes, diezmados en el cielo de la Tierra, regresaron a Ziryab para dar cuenta de la grave derrota que les había infligido una extraña astronave.

—Sí —dijo Arthur sonriendo con irreprimible or gullo—. Dios debió escuchar las plegarias de ustedes, porque nos dio esa astronave marciana con que poder salvar a la Tierra.

—¿Fue el mismo Dios quien les dio esta fabulosa astronave? —preguntó la princesa Tanit ingenuamente.

—No, señorita... digo, Princesa —dijo Arthur reprimiendo una sonrisa —. No fue Dios exactamente, sino su Providencia Divina. Él quiso que fuéramos a Marte y que encontráramos allí esa astronave maravillosa.

—Esa astronave goza fama de ser invencible. ¿Es cierto eso? —preguntó el joven vizconde Taigeto.

Arthur se vio en la necesidad de sacar a los kumas de algunas creencias equivocadas, explicándoles cuál era el exacto valor de la astronave y lo que de ella se podía esperar. Cuando tuvo que explicar también lo que las Naciones Unidas de la Tierra querían hacer con aquella astronave, el rey Eutiques se mostró profundamente decepcionado.

—Es una desgracia que las naciones de la Tierra estén divididas también por el rencor y la desconfianza —aseguró—. Esa nación que se llama Estados Unidos obrará con nobleza sacrificando los rayos desintegradores de su astronave para tranquilidad de quienes le temen.

—Sí —contestó Arthur—. Lo malo es que los hamonitas saben ahora que el asalto definitivo a este planeta no se realizará en tanto los Estados Unidos no se desprendan de los rayos mortales de su astronave marciana. Por lo tanto, los platillos volantes hamonitas rehusarán dar la batalla hasta que se inicie la invasión. Así que nos obligarán a luchar con platillos volantes, y ellos tienen superioridad numérica en aparatos, porque sus fábricas, profundamente enterradas, siguen intactas y produciendo platillos volantes pese a nuestros bombardeos. La única forma de vencer a los hamonitas sería sometiendo este planeta a una larga y cruenta guerra bacteriológica y radiológica, hasta aniquilar al último de sus habitantes. Pero la idea de asesinar a ocho mil millones de seres humanos resulta inaceptable para nosotros, aunque se trate de enemigos que estaban dispuestos a hacer eso precisamente en nuestro planeta.

—Es un proceder que honra a la nación terrícola —murmuró el monarca kumanita.

—Nosotros —prosiguió diciendo Arthur— hemos pensado que todo podría resolverse a satisfacción si los kumas nos ayudaran desde el interior de la misma fortaleza enemiga, realizando actos de sabotaje contra las fábricas donde trabajan, levantándose en armas contra los hamonitas y contribuyendo, en fin, a que el desorden y el terror cunda en este planeta mientras las Naciones Unidas de la Tierra preparan sus fuerzas para la invasión.

—Los kumas jamás han empleado esos sistemas tan innobles en sus luchas contra los hamonitas —aseguró el rey con una mueca de repugnancia.

Y Arthur contestó con rapidez:

—Eso es evidente. Si los hubieran empleado quizás fuera otra su actual situación.

—Temo que no pueda serles útil —dijo Eutiques con marcada y orgullosa frialdad—. Los kumas formarían una triste opinión de su rey, si éste les ordenara personalmente atacar al enemigo con unos medios que siempre repugnaron a nuestro pueblo.

—Quizás el pueblo kuma esté cansado de tratar con nobleza a un enemigo que siempre les correspondió con la vileza y la traición —contestó Arthur enérgicamente—. En todo caso es cuestión de decidir entre la vida propia y la conservación de unas reglas de honor que hace siglos quedaron anticuadas. La Tierra puede ganar esta guerra aniquilando sistemáticamente cuanto vive sobre Ziryab, sea hombre, animal o planta. No lo haremos en tanto nos quede una esperanza de vencer al enemigo en lucha cara a cara, aunque nos cueste sacrificar miles de vidas propias. Pero ante una alternativa tan tajante, si hay que decidir entre la vida de Ziryab o la nuestra, la Tierra no dudará en la elección y atacará con todos los medios de destrucción en masa que tiene al alcance de su mano. Y en una guerra así no es posible hacer distinciones de personas. Los kumas morirían igual que los hamonitas…, quizás antes que éstos. Lo que Su Alteza tiene que decidir es sencillamente la vida o la muerte de ocho mil millones de almas, entre las que hay de quinientos a seiscientos millones de kumanitas.

El rey, pálido hasta parecer de la misma raza que Arthur Welby, volvió sus ojos angustiados hacia los hambres que le acompañaban. Los nobles kumas rehuyeron el encuentro con su mirada en un vano

empeño por disimular la ansiedad que los dominaba.

En aquel momento, cuando el monarca de los kumas vacilaba entre sus prejuicios y su conciencia, fue su hija quien le dio el aliento necesario.

—No podéis dudar, padre —murmuró apretando el brazo de Eutiques —. El pueblo kumanita nos agradecerá el poder descargar su conciencia en la conciencia de su monarca. ¿Qué importa que un rey pierda su honor si salva la vida de su pueblo?

—Tus palabras son tan sabias como amargas, hoja mía —suspiró Eutiques. Y mirando a Arthur agregó—: Dispóngalo todo para la fuga.

CAPÍTULO VI

Arthur no quería exponer el éxito de su misión a riesgos inútiles. Así que supeditó la fecha de la fuga al momento en que le ordenaran salir del refugio imperial para llevar a cabo alguna misión de las que frecuentemente se encargaba a los oficiales hamonitas del Estado Mayor Imperial.

Uno de los datos más importantes que obtuvo de su breve entrevista con la familia real kumanita, era que los bordes de la hoya en cuyo fondo estaba el “jardín del Emperador” se encontraban vigilados. En algunas ocasiones, los prisioneros habían visto desde el jardín asomar por el filo de los acantilados la cabeza de algún que otro soldado hamonita.

Posteriormente y mientras aguardaba con impaciencia que le encomendaran alguna misión fuera del refugio, Arthur supo que la ciudad subterránea imperial estaba prácticamente erizada de cañones en su parte exterior.

Para raptar al rey Eutiques, Arthur proponíase emplear un platillo volante, el cual debería localizar el pozo desde el aire, posarse en el “jardín del Emperador”, tomar a bordo a los nobles kumas y zarpar antes que los artilleros que estaban arriba se repusieran de su sorpresa, dieran la alarma y empezaran a dispara sus cañones contra la máquina voladora.

Pero aunque constantemente estaban saliendo oficiales del Estado Mayor para desempeñar diversas misiones en distintos puntos del país,

la adversidad parecía condenar a Arthur a no encontrar el pretexto para salir del refugio tripulando un platillo volante.

Durante la espera, a los dos meses justos de haber llegado Arthur a Ziryab, las fuerzas siderales terrícolas realizaron otro de sus esporádicos y devastadores raids sobre el continente hamonita. En aquel ataque tomaron parte 3.000 platillos volantes y la astronave marciana cuyos mortíferos rayos aniquiladores eran el terror de las Fuerzas Astrales del Imperio. Las fuerzas de ataque terrícolas bombardearon los enclavamientos de algunas de las principales industrias hamonitas, sembraron de más toxinas venenosas el aire, destruyeron algunos centenares de platillos volantes enemigos y se marcharon sin haber cumplido el principal de sus cometidos. Este era entrar en contacto por radio con Arthur Welby, en el supuesto que hubiera conseguido fugarse con el rey kuma.

Pero Arthur continuaba en el refugio imperial, temblando por si alguien tenía la mala ocurrencia de pasar revista a la prisión del rey Eutiques y descubría casualmente el muro derruido del túnel que conducía al “jardín del Emperador”.

Aunque el raid de las fuerzas de ataque terrícolas causó pocos daños en la industria de Hamon, sirvió accidentalmente para que Arthur fuera enviado con una misión al sur del país.

Arthur fue llamado a presencia de su jefe, un mariscal de las Fuerzas Astrales, el cual le dijo ásperamente:

—Coja usted un oficial del departamento de Inteligencia, tome un platillo volante y vaya a Batum. Parece que los obreros kumas de aquella factoría se niegan a trabajar. Busquen a los instigadores de la rebelión y no vuelvan aquí sin haberles fusilado.

—Serán fusilados —prometió Arthur, aunque ya estaba preguntándose el modo cómo podría evitarlo.

Esto ocurría a las 10, hora de Ziryab que correspondía al mediodía de la Tierra. A las 11, Arthur Welby y el capitán Hotik se elevaban en un platillo volante tripulado por tres hombres. Desde el aire, Arthur trató de identificar la hoya del “jardín del Emperador”, pero no pudo descubrirlo. Arthur no deseaba ir a Batum para dedicarse a la ingrata tarea de fusilar huelguistas. Pero tampoco podía apoderarse del platillo volante en aquel momento, porque el rescate de la familia real kuma, según recomendaban las más elementales reglas de precaución, debía realizarse al amparo de la oscuridad de la noche, porque los artilleros de la batería antiaérea estarían durmiendo entonces y

tardarían más tiempo en recuperarse de su sorpresa y acudir a su pieza para derribar al platillo volante que osaba descender sobre el "jardín del Emperador".

Así, pues, Arthur tuvo que ir a Batum con el capitán Hotik y dedicarse a la tarea más desagradable de cuantas podía imaginar.

Los obreros kumanitas de la factoría de Batum seguían inactivos cuando llegaron los delegados del Estado Mayor Imperial. Las tropas imperiales habían invadido la factoría, que estaba profundamente enterrada bajo una montaña. Aquí y allá yacían muertos o agonizaban sin que nadie les prestara ayuda alguna, obreros de raza roja. Los demás permanecían quietos, con los brazos cruzados y mirando impasibles a los soldados que les apuntaban con los fusiles.

El comandante de la guarnición hamonita salió al encuentro de los oficiales del Estado Mayor Imperial.

—¡A ver si me arreglan ustedes esto! —gritó furioso-Los kumas no quieren trabajar. Ordené disparar contra ellos para asustarles. Mis soldados mataron a unos cuantos de esos perros rojos en presencia de sus compañeros, pero los kumas siguieron impasibles. ¿Qué debo hacer? ¿Fusilarles a todos?

—Esto es muy extraño —dijo el capitán Hotik—. Los kumas nunca hicieron una cosa así.

—Deben tener alguna razón muy poderosa para dejarse matar antes de acceder a reanudar el trabajo —observó Arthur—. ¿Qué quieren?

—No se lo hemos preguntado —contestó el comandante.

—Traigan unos cuantos de ellos.

Los soldados tomaron media docena de kumas y los llevaron a patadas y culatazos ante los oficiales. Arthur tuvo que hacer un violento esfuerzo para permanecer fríamente impasible.

—¿Qué pretendéis con vuestra negativa a seguir trabajando? —les preguntó.

—Queremos que se nos devuelvan nuestros derechos. Tener una patria, un rey y unas leyes que nos protejan. Nos prometisteis una patria nueva en un planeta que pretendíais conquistar, y aguardábamos con fe que cumplierais vuestra promesas. Ahora sabemos que nunca conseguiréis conquistar ese nuevo mundo, el cual ha contestado a vuestros ataques trayendo el hambre, la peste y la

destrucción a Ziryab. Si hemos de luchar contra los terrícolas, queremos tener una patria que defender y un ejército propio con que defendernos. Si no tenemos patria ni hogar ni nada que defender, ¿por qué hemos de seguir trabajando como bestias, mal alimentados, mal alojados y tratados como esclavos? La muerte no es peor que la existencia que arrastramos. Preferimos morir a prolongar nuestra agonía. El invasor, de todas formas, no puede tratarnos peor que los hamonitas.

—¡Perro rebelde! —aulló el comandante de las fuerzas. Y empuñando su pistola, antes que Arthur pudiera evitarlo, descerrajó dos tiros contra la cara del valiente kuma, el cual cayó muerto entre los brazos de sus pálidos compañeros.

—¿Seguís manteniendo vuestra demanda? —preguntó el comandante a gritos blandiendo su pistola humeante.

Los kumas no contestaron, aunque era fácil adivinar por la expresión fatalista de sus ojos que estaban resignados a morir; más aún, que deseaban ser muertos. —Espere, comandante —dijo Arthur poniendo su mano sobre el brazo de aquel jefe sanguinario—. No adelantaremos nada pegando tiros a estos desdichados.

—Siempre lo hemos arreglado así —vociferó el comandante.

—Ahora es distinto. Los kumas han perdido lo único que les alentaba; sus esperanzas de mejorar de condición. Ante una situación nueva tenemos que adoptar medidas nuevas. Voy a consultar con el Estado Mayor.

Arthur, en efecto, conversó por la radio de un platillo volante con el Estado Mayor Imperial.

—No tenía por qué molestarnos por una insignificancia como esa —le contestó la voz airada de un honorable general—. Si los kumas de Batum no quieren trabajar, fusílelos en el acto.

—Hay cerca de un millar de kumas trabajando en esta factoría. Si los matamos a todos quizás tengamos que cerrar la fábrica —insinuó Arthur.

—¡Pues la cierra! —fue la estúpida contestación que obtuvo.

Arthur desconectó el aparato de radio y consideró la monstruosidad del acto que se le exigía. Pensó que si los obreros de la factoría de Batum eran fusilados, los kumas de las restantes fábricas de platillos volantes y demás material de guerra se sentirían desalentados y no

osarían rebelarse contra sus opresores. La chispa que se necesitaba para encender la llama de la rebeldía en los corazones kumanitas se perdería ahogada bajo la sangre de los obreros de Batum.

“Una pequeña victoria inicial les alentaría” —se dijo Arthur—. “En esta factoría no se construirán más platillos volantes”.

Estaba tan sólo en el aparato con el piloto y los dos hombres de la tripulación. El platillo volante estaba posado sobre la meseta roqueña de donde partían los ascensores que conducían a la fábrica, profundamente enterrada bajo la montaña. A unos cien metros de distancia había un piquete de soldados guardando la puerta de entrada a los ascensores.

Arthur calculó que si cerraba la escotilla del aparato los soldados no podrían escuchar los disparos que pondrían fin a la vida de los tripulantes del platillo.

Arthur, seguido de la mirada de la tripulación del aparato, abrió un armario y tomó un fusil ametrallador. Con movimientos calculadamente lentos lo cargó y puso el primer cartucho en la recámara. El piloto, que tenía el grado de capitán, sonrió.

—¿Se propone ayudar a los soldados?-preguntó.

Arthur no contestó. Fue al cuadro de mandos y apretó el botón que cerraba las escotillas. La tripulación le miró sorprendida. El terrícola les apuntó con la ametralladora y preguntó: —¿Estuvieron ustedes por casualidad en la campaña contra la Tierra? Los hamonitas se miraron unos a otros y Arthur insistió:

—¡Contesten!

—Sí —balbuceó el capitán—. ¿Pero qué tiene que ver…?

—Nada —le interrumpió Arthur sintiendo que la voz le temblaba de excitación—. Les hubiera tenido que matar de todos modos, pero para mi conciencia es un consuelo saber que ustedes estuvieron en la Tierra asesinando a millares de desgraciados con sus bombas atómicas, sus bacterias venenosas y sus mortales polvos radiactivos. Mi madre fue una de esas víctimas…

Arthur apretó el gatillo de la ametralladora barriendo de izquierda a derecha a los pálidos y sorprendidos hamonitas. Estos cayeron con un grito de terror en los labios y, en los ojos, el temor a la muerte que presumían despreciar.

Entre el humo de la pólvora Arthur contempló un momento a los tres cadáveres que yacían en el piso de la cabina en las posturas más diversas. Luego suspiró y apretó el botón que abría las escotillas.

Salió a tierra y anduvo lentamente en dirección a los soldados que custodiaban el ascensor. Eran cuatro y le saludaron inclinando la cabeza. Cuando el cañón de la ametralladora les apuntó, miraron extrañados al pálido rostro del hombre que estaba detrás del arma. Murieron sin saber por qué morían y sus cuerpos quedaron tendidos en la roca en grotescas actitudes.

Sintiéndose bañado de un sudor frío, Arthur tomó el ascensor y bajó hasta la factoría. Allí los soldados hamonitas seguían apuntando implacablemente con sus fusiles a los obreros kuma. El comandante de la fuerza salió al encuentro de Arthur.

—¿Qué ha dicho el Estado Mayor Imperial? —preguntó. Y Arthur contestó secamente:

—Tengo que hablar a los obreros. Mande a sus soldados que los reúnan en esta sala.

El comandante gritó:

—¡Traigan esa carroña a este taller!

Casi todos los soldados salieron para buscar a los obreros rojos de las otras dependencias. En la factoría, además de los kumas, trabajaban varios centenares de hamonitas en el montaje de platillos volantes.

Arthur aprovechó la salida de los soldados para saltar sobre un torno y gritar a los kumas que formaban un grupo:

—¡Oíd esto, hombres rojos de Kuma! El Emperador de Hamon ha ordenado que se os fusile por rebeldía. ¡No os dejéis matar sin luchar por vuestras vidas!

El jefe de la guarnición dio un salto de sorpresa. Arthur gritó a voz en cuello: —¡Yo soy vuestro amigo! ¡Mueran los perros hamonitas!

El comandante hamonita llevó rápidamente la mano a su pistolera. Las primeras balas que salieron de la ametralladora de Arthur fueron para él. Llenaron de agujeros su brillante coraza y atravesaron el negro corazón que latía debajo del metal.

Tanto los kumas como los soldados hamonitas quedaron unos instantes paralizados por la sorpresa. Los soldados fueron los primeros

en reponerse, porque las balas que seguía disparando la ametralladora de Arthur iban dirigidas contra ellos y les estaban haciendo rodar por el suelo.

Arthur disparó desde arriba del torno hasta que agotó el car gador de su ametralladora y entonces saltó a tierra para buscar protección tas la máquina mientras gritaba:

—¡Coged las armas de los soldados, hombres de Kuma!

Los kumas, arrancándose bruscamente de su estupor, saltaron sobre los fusiles de los soldados muertos o heridos. En menos de medio minuto se había organizado la batalla.

Los kumanitas, presa de furia vengadora, se arrojaron suicidamente contra los soldados esgrimiendo toda clase de herramientas y objetos contundentes que hallaron a mano.

Arthur, protegido por el torno, volvió a cargar la ametralladora mientras las balas silbaban por encima de su cabeza o se aplastaban ruidosamente contra el acero de la máquina.

Cuando los kumas acometieron al enemigo las balas dejaron de zumbar en torno a Arthur, que pudo salir de su refugio y tomar parte en la furiosa batalla.

Los soldados hamonitas que llegaban de las naves contiguas sin saber lo que estaba ocurriendo, fueron barridos por una descarga cerrada de ametralladoras. Arthur se puso al frente de los kumas, que acababan de eliminar a todos los soldados de aquel taller. Se lanzaron impetuosamente al asalto de las otras dependencias de la otra fábrica.

La guarnición era pequeña en relación con el número de trabajadores, aunque estaba formidablemente armada de ametralladoras, bombas de mano y gases lacrimógenos.

Utilizando estas armas contra los mismos soldados y a favor de la sorpresa y el desconcierto de los hamonitas, los kumas avanzaron rápidamente arrollando a las tropas del Emperador. Cuando los trabajadores de raza blanca comprendieron lo que ocurría e intentaron ayudar a sus soldados, era demasiado tarde. Pero ellos no lo comprendieron así y lucharon con denuedo hasta que, diezmados por las ametralladoras y las bombas de mano, fueron acorralados y obligados a rendirse en una de las grandes naves de montaje. La lucha, entonces, prosiguió por los sótanos y los corredores donde se habían refugiado algunos ingenieros y técnicos hamonitas.

Arthur Welby, jadeante y con el uniforme maltrecho, dio la voz de alto el fuego para evitar una matanza inútil, ya que los kumas, enardecidos por la pólvora y el olor de la sangre, estaban decididos a exterminar hasta el último hambre blanco.

Cuando cesaron los disparos y mientras vencidos y vencedores recobraban el aliento, un grupo de capataces kumas se acercaron a Arthur.

—¿Por qué, si eres hamonita, nos has ayudado contra los tuyos? —le preguntaron entre sorprendidos y desconfiados.

Arthur les explicó que no era hamonita sino terrícola, y que había venido a Ziryab para liberar al rey Eutiques y concertar una alianza entre terrestres y kumanitas contra el Imperio de Hamon.

—¿Qué pueden hacer los kumas para ayudar a la Tierra contra nuestro enemigo común? —le preguntaron los capataces, que eran cultos e inteligentes.

—Lo mismo que vosotros acabáis de hacer aquí —les dijo Arthur.

—En cuanto el emperador sepa lo que aquí ha ocurrido mandará contra nosotros a sus tropas, pondrá cerco a la factoría y nos obligará a rendirnos o a morir de hambre.

—No permanezcáis aquí —les dijo Arthur, que había recibido una instrucción especial para organizar guerrillas—. Escapad a las montañas con vuestras mujeres y vuestros hijos, dividíos en grupos no mayores de cien hambres y dad caza a vuestros cazadores sin dar ni pedir cuartel. Atacadles por la espalda, cuando marchen en pequeños grupos o duerman en sus campamentos. Cogedles las armas y la comida que podáis llevar y destruid todo lo demás. Esa es la clase de guerra que vuestro Rey quiere que hagáis al enemigo. La clase de guerra que el enemigo merece y la que vamos a hacerle de hoy en adelante.

Los kumas se mostraron encantados con esta idea. Como unos momentos antes estaban decididos a dejarse matar, la posibilidad de morir matando les hacía sentirse enormemente felices.

Mientras Arthur hablaba con los capataces seguían oyéndose tiros y fragor de bombas de mano por los rincones más apartados de la fábrica. Unos cuantos kumas armados llegaron escoltando a una veintena de hombres que vestían monos blancos. Eran los ingenieros y técnicos kumanitas de la factoría.

—Hemos matado a los ingenieros hamonitas —anunció el que capitaneaba el grupo.

Arthur miró con curiosidad a los técnicos de raza cobriza. —¿Ustedes han estado ayudando a los hamonitas a construir platillos volantes? —preguntó.

Y ellos contestaron:

—Somos trabajadores como los demás kumas. Así como ellos trabajaron para conservar sus vidas, las de sus hijos y la de nuestro Rey, también nosotros tuvimos que ceder ante las amenazas de los hamonitas.

—En mi país a eso se le llama colaboracionismo. Y a los que colaboran con el enemigo se les trata como traidores —dijo Arthur secamente.

—Somos víctimas de las circunstancias —aseguró un viejo profesor con aire de abatimiento—. Pero no traidores. Si negándonos a trabajar para el enemigo hubiéramos podido salvar a nuestra patria, antes hubiéramos preferido morir mil veces que mover un dedo en ayuda de los hamonitas. Pero nuestra patria había sido ya vencida, nuestro soberano estaba prisionero del enemigo y el secreto de la fisión nuclear y de los platillos volantes no nos pertenecía ya cuando accedimos a colaborar con los imperialistas para salvar lo único que nos quedaba: nuestras vidas y las vidas de nuestros hijos.

Arthur miró pensativamente a aquellos hombres. Recordó a los científicos alemanes que los americanos y los rusos se llevaron a sus países como parte del botín de guerra cobrado a los nazis. ¿Por qué trabajaban aquellos sabios para los que fueron enemigos de su patria? Sin duda eran también víctimas de las circunstancias.

Arthur explicó a los técnicos kumanitas lo que ya había contado a los capataces y añadió:

—Voy a sacar al rey Eutiques y a la princesa Tanit de su prisión. ¿Hay aquí quien sepa pilotear un platillo volante?

Los técnicos aeronáuticos sonrieron.

—Llevamos quince años construyendo y perfeccionando platillos volantes —aseguró uno de los más jóvenes— ¿Cree que hay en esos aparatos un solo tornillo que no sepamos para qué sirve? Los hamonitas nunca nos invitaron a realizar una prueba con ellos, pero cualquiera de nosotros puede llegar a ser un piloto medianamente bueno en cuanto hagamos algunas maniobras.

—Háganlas entonces en lo que queda de tarde con todos los aparatos que haya disponibles —dijo Arthur mirando su reloj de pulsera—. Volaremos hacia la capital imperial alrededor de la medianoche.

Los técnicos aeronáuticos, seguidos de algunos kumas que habían sido pilotos de aeroplano y querían probar fortuna en los platillos volantes, marcharon animosamente hacia los aparatos que, ya listos para ser entregados a las Fuerzas Astrales Imperiales, esperaban al final de la cadena de montaje. Arthur volvió a su aparato para comunicar al Estado Mayor Imperial que los obreros kumanitas habían sido ejecutados en masa según las órdenes recibidas. Añadió que iba a permanecer unas horas en Batum para tratar de organizar la producción sin los obreros fusilados, y que estaría de regreso entre las dos y las cuatro de la madrugada.

Estuvo un rato presenciando las evoluciones de los 18 platillos que volaban sobre la montaña y luego entró en la fábrica para preparar la marcha inmediata de los guerrilleros y la voladura de la factoría.

Los guerrilleros salieron poco después de anochecido. Todos los técnicos y algunos capataces se quedaron con Arthur para preparar la voladura de la fábrica, para lo cual pensaban utilizar como bombas algunos motores atómicos.

A medianoche fueron soltados los trabajadores hamonitas.

—Corran cuanto puedan —les dijo Arthur—. La factoría saltará en pedazos dentro de una hora.

Los obreros no se hicieron repetir el consejo. Salieron corriendo en la oscuridad en dirección al lejano campamento de la destruída ciudad.

Media hora más tarde los 19 platillos volantes de la escuadrilla rebelde se remontaban en el aire y volaban por la estratosfera en dirección Norte. Cuando llevaban una hora de vuelo brilló en el horizonte un relámpago verde azulado que parpadeó un segundo antes de apagarse.

—La fábrica voló en el momento previsto —dijo el joven técnico aeronáutico que acompañaba a Arthur.

Arthur, con la mirada fija en la pantalla de radar, no contestó. Tenía que fijarse mucho para poder interpretar correctamente las ráfagas fluorescentes de la pantalla, las cuales registraban los accidentes del terreno que se deslizaba por debajo del aparato.

La capital imperial, entre un lago y la cordillera donde estaba

enclavado el refugio del Emperador Sol, arrojaba una mancha inconfundible sobre la gran pantalla que Arthur tenía ante sí.

Exhalando un suspiro de alivio, Arthur empujó la palanca de mando para descender en picado sobre la cordillera. El resto de la formación descendió más lentamente volando en espiral sobre las montañas.

Con ojos lacrimeantes por la ansiedad y la fijeza con que miraba a la pantalla, Arthur buscó una señal de radar que le diera el emplazamiento de la hoya en cuyo fondo estaba el "jardín del Emperador".

Sabía que cada segundo que transcurría era vital para el éxito de la misión que le trajo a este planeta. Tenía que encontrar inmediatamente el agujero o...

CAPÍTULO VII

Con el cabello pegado a la frente por el sudor, Arthur comprendió que no iba a poder identificar con la simple ayuda del radar a aquel maldito agujero en cuyo fondo le esperaba el rey Eutiques y su pequeña corte.

¿Le esperaban? Arthur no lo sabía en realidad. Al salir aquella mañana le había recomendado a Basud que tratara de hacer llegar hasta su monarca el aviso de que, Dios mediante, aquella noche sería la de su liberación.

—No puedo encontrar esa inmunda cloaca —renegó Arthur con un nudo de angustia en la garganta—. Toda la montaña está llena de precipicios, agujeros y cañones. ¿Cómo vamos a saber dónde se encuentra el que buscamos?

Larek, el técnico kumanita, miró angustiado a Arthur.

—¡Maldita sea! —rugió el terrícola. Y alargando la mano hacia el tablero de instrumentos dio vuelta al conmutador que convertía al radar en pantalla de televisión.

De la pantalla desaparecieron las ráfagas fluorescentes. El cristal se volvió completamente negro, porque todo cuanto se encontraba por debajo y alrededor del platillo volante estaba sumido en la impenetrable oscuridad de la noche.

De pronto, un pequeño punto de luz, apenas un alfilerazo, centelleó en el centro de la pantalla, encendiéndose y apagándose con rapidez.

Lanzando una ahogada exclamación de alegría, Arthur movió velozmente las palancas para inmovilizar la máquina. La pequeña lucecilla volvió a centellear y se apagó.

—¡Son ellos! —exclamó Arthur. Y volvió a conectar la pantalla de radar mientras Larek preguntaba:

—¿Les dijo usted que nos hicieran señales luminosas?

—No pensé en ello, soy un estúpido —contestó Arthur—. Pero mire, hay una mancha en el radar, precisamente donde estaba la luz. Tal vez no sean ellos quienes nos hacen señas, pero de todos modos vamos a aterrizar ahí. El platillo volante, en efecto, empezó a bajar vertical y vertiginosamente sobre la mancha fluorescente de la pantalla.

En este momento, un silencioso diálogo de preguntas y respuestas se estaba llevando a cabo entre los platillos volantes y las defensas antiaéreas, las cuales tenían un sistema de identificación para distinguir los aparatos propios de los extraños.

Una emisora de radio emitía una señal electrónica que equivalía al ¡Alto, quién vive! de un infalible centinela.

Al ser recibida a bordo de los platillos volantes esta señal, un emisor lanzaba cono respuesta otra señal automática que, si era la que el cerebro electrónico de la batería conocía, impedía que los cañones abrieran fuego. Todo esto ocurría en fracciones de segundo y el reconocimiento mutuo era prácticamente instantáneo entre los cañones y los platillos volantes.

Pero cuando los artilleros de guardia vieron a los platillos dar vueltas sobre el refugio imperial y a uno de ellos dejándose caer precisamente por la sima en donde estaba el “jardín del Emperador”, los artilleros desconectaron el sistema de identificación y se dispusieron a disparar contra los aparatos.

En este momento, con el aliento en suspenso, Arthur introducía su máquina por el agujero y aterrizaba con alguna violencia en medio de la charca que había en el centro del jardín.

Apenas la máquina tocó en el suelo, Arthur apretó el botón que abría las escotillas y se precipitó fuera del aparato. Al saltar chapoteó en la charca. Con agua hasta las rodillas avanzó hacia la orilla llamando con fuertes gritos:

—¡Majestad…! ¡Princesa…! ¡Corred, soy Arthur Welby!

Las luces de unas linternas brillaron entre los árboles y los arbustos mientras corrían hacia el platillo volante. De lo alto del acantilado dispararon con un fusil automático contra las luces, y el estampido de los rápidos disparos, ampliado y multiplicado por el eco, sonó estruendosamente como una ametralladora.

Se escuchó un grito. Las luces se detuvieron y el fusil volvió a disparar.

—¡Apaguen esas malditas linternas! —gritó Arthur. Y las linternas fueron apagadas.

Arthur acabó de salir de la charca y corrió dando traspiés y refunfuñando hacia las voces que sonaban cerca. En este momento, las baterías antiaéreas abrieron fuego contra los platillos volantes que evolucionaban a gran altura sobre la montaña. Los proyectiles, al salir de los cañones, subían hacia el cielo dejando en pos rayas de luz. Aquellas luces se reflejaban en los asustados ojos de la princesa Tanit cuando Arthur se tropezó con ella en la oscuridad.

—¿Qué hacen? ¿Por qué no vienen? —gritó Arthur.

—Han herido a mi padre —gimió la muchacha—. Creo que es inútil intentar la fuga.

—¡Rayos! —bramó Arthur— ¡Siga adelante y suba al aparato!

Los nobles kumanitas llegaron llevando en andas al rey Eutiques. De lo alto del acantilado volvían a disparar los fusiles. Las paredes roqueñas jugaban a devolverse el ruido de los disparos y las balas chirriaban al caer en mortal granizada sobre los árboles y macizos del jardín.

La princesa Tanit se había quedado al mismo borde de la charca. El platillo volante, a sus espaldas, irradiaba aquel fantástico resplandor que tanto impresionó a los terrícolas cuando lo vieron por primera vez. Arthur comprendió que su misión estaba a punto de perderse en la indecisión de la princesa.

—¡Dense prisa! —gritó para hacerse oír del estruendo de los disparos.

Y bruscamente, ya que no lo hacía por galantería, levantó a la princesa del suelo y la llevó en brazos a través de la charca hacia el platillo volante. Las balas zumbaban a su alrededor. Chapuzaban siniestramente en el agua y rebotaban con espeluznante chasquido contra la máquina.

Ante de llegar al platillo volante, el duque Oudin cayó fulminado en la charca con un balazo que le entró por el cuello y salió por el pecho.

Para entonces, Arthur alcanzaba la protección que ofrecía la visera del anillo del aparato y depositaba a la princesa en la escalerilla de acceso.

—¡Suba! —le ordenó enérgicamente.

Los demás llegaron con el rey y empezaron a subirlo con dificultad por la angosta abertura. Arthur esperó abajo hasta que todos hubieron subido y luego les siguió cerrando la escotilla. Adelantó el grupo en el pasillo, entró en la cabina y fue a tomar asiento ante los mandos.

Los cortesanos estaban todavía entrando por la segunda escotilla cuando Arthur abrió el acelerador. El platillo volante, con sus reactores atómicos lanzando sendos chorros de electrones hacia abajo, se elevó verticalmente.

Apenas había llegado al nivel del borde del acantilado, Arthur movió una palanca. Dos de las toberas atómicas que apuntaban hacia abajo voltearon sobre sus ejes para lanzar sus chorros luminiscentes hacia atrás. El platillo volante salió violentamente lanzado hacia arriba y adelante y los kumanitas rodaron por el piso de la cabina.

En aquel momento, una gigantesco globo de fuego brilló sobre las montañas arrojando intensa y parpadeante luz que cegó a cuantos artilleros se encontraban al aire sin protección alguna. Era que uno de los platillos volantes, alcanzado por las granadas de los cañones, acababa de estallar en el aire a modo de una bomba atómica.

Era en realidad una bomba atómica, pues lo que explotaba era el uranio U-325 de los reactores de la máquina. Aquella violenta explosión hubiera arrancado las alas del más vigoroso de los aeroplanos y le habría derribado en el suelo como un rayo. Además, los tripulantes de un avión habrían recibido una dosis mortal de radiación, ya que los rayos gamma que se producían al estallar una bomba atómica, atravesarían las delgadas planchas de aluminio de la cabina y eran muy perjudiciales para el organismo.

Este no era el caso de un platillo volante, en donde la cabina de los pilotos estaba formada de una esfera con gruesas paredes de plomo que no atravesaban los rayos gamma. Arthur Welby y sus compañeros pudieron salvarse gracias a la protección de esta coraza. Sin embargo, la onda de choque producida por la deflagración arrastró condigo al aparato haciéndole bambolear brutalmente y estando muy próximo a estrellarse contra las montañas.

Pero Arthur consiguió mantener su control sobre la aeronave, la cual siguió subiendo y alejándose de los cañones que no cesaban de disparar.

Los técnicos de la factoría de Batum demostraron esta noche que, aunque colaboraron con los hamonitas, no eran cobardes y estaban dispuestos a morir por su rey. Mientras Arthur descendía hasta el "jardín del Emperador" aquellos valientes estuvieron volando en espiral, atrayendo sobre sí el fuego de los cañones y esquivándolo con bruscas maniobras.

Cuando vieron que Arthur se elevaba, los platillos volantes descendieron para ofrecerse deliberadamente a los disparos de la artillería y que su rey pudiera escapar impunemente.

Otro de estos aparatos estalló cuando el platillo volante de Arthur aún no se había alejado mucho. Luego, Arthur les llamó por radio y ellos le siguieron. Pero un tercer platillo fue alcanzado por los cañones y estalló como una bomba atómica antes que pudiera salir del alcance de las granadas y proyectiles cohete.

Al restablecerse la normalidad a bordo del platillo volante, Arthur dejó los mandos en manos de Larek y fue a inclinarse sobre el rey Eutiques. Le apreció una herida de bala que, entrándole por la espalda, tenía una larga trayectoria descendente y le había salido por el vientre.

Arthur supuso que el proyectil había atravesado la parte inferior de uno de los pulmones del monarca. Una herida en un pulmón era generalmente grave. Pero si además del pulmón la bala había tocado el estómago, las probabilidades de salvar a Eutiques eran muy remotas. Arthur levantó sus ojos hasta los llorosos y bellísimos de la princesa Tanit. Eutiques había perdido el sentido, así que pudo decir:

—La herida es grave... bastante grave.

—¡Y sin un médico! —sollozó la muchacha retorciéndose las manos.

—Yo soy médico —confió Arthur. Y para animarla añadió—: Un médico cirujano bastante bueno, créame usted.

Las negras pupilas de la princesa se animaron.

Los nobles kumas, azorados y torpes, tendieron a su monarca sobre uno de los anchos bancos que se corrían a lo largo de las paredes de la cabina.

—¿Qué rumbo tomamos, comandante? —preguntó Larek desde el sillón del piloto.

Arthur miró a los nobles kumanitas.

—Iremos a buscar refugio en Korey, nuestra antigua capital de Kuma —dijo el duque Rosso.

Arthur fue hacia donde yacía el rey. Y prescindiendo de toda fórmula preparatoria, ante la gravedad del caso, puso mano sobre el herido manejando rápidamente sonda, pinzas y gasas.

—¿Se salvará? —preguntó la princesa ansiosamente al cabo de un minuto. Arthur estudió la hilacha sucia de sangre y de jugos gástricos y preguntó:

—¿Su padre comió poco antes de la fuga, verdad?

—Sí —contestó la muchacha con un hilo de voz.

Arthur sacudió la cabeza con pesimismo, aunque estaba seguro de que toda su habilidad como cirujano era impotente para salvar la vida del monarca. La bala había atravesado también el estómago de Eutiques.

—¿Se salvará? —preguntó la princesa elevando una mirada llena de angustia en Arthur.

—Sea valiente, princesa —murmuró Arthur evasivamente.

—¿Quiere decir que no puede salvarle? —preguntó la joven. Y añadió —:

¿Qué clase de cirujano es usted que no puede curar a mi padre?

—Toda la ciencia del mundo sería impotente para salvarle la vida a su padre, señorita —refunfuñó Arthur olvidando el tratamiento de princesa.

Tanit se arrojó llorando en brazos del duque Rosso. Arthur preparó

una inyección de una droga similar a la morfina.

El rey recobró el sentido poco después y habló a su hija, que se inclinaba llorando sobre él.

—Presiento que voy a morir, hija mía —murmuró—. Te dejo reina de un reino desmembrado y de un pueblo sometido a la más vergonzosa esclavitud. No es buen rey aquel que deja un legado de desdichas a sus sucesores. La princesa Tanit se arrojó llorando sobre el pecho de su padre, el cual hizo una violenta mueca para no prorrumpir en un grito de dolor. Arthur, con la jeringuilla en la mano, esperaba nervioso y sombrío. Eutiques acarició los negros cabellos de su hija y añadió:

—Ojalá la estrella de Kuma recobre su brillo en tu reinado. El corazón me dice que nuestro pueblo recobrará su perdida libertad disfrutando de una larga era de bienestar y felicidad... Sé recta, justa y amante para tu pueblo, Tanit. Y sé también enérgica, lo cual yo no supe ser nunca.

—¡No digáis eso! —sollozó Tanit convulsivamente— Fuisteis un rey magnífico. ¡El mejor rey del mundo! ¡El más bueno, el más sabio y el más noble!

Eutiques se contorsionó bajo el horrible dolor de su estómago. Arthur, que sabía cuán violento era el esfuerzo que estaba haciendo el monarca, se inclinó sobre éste y le dio la inyección en el brazo.

El rey todavía pronunció algunas palabras. Sobre todo para agradecer a los nobles que le rodeaban su amistad y lealtad con que le habían servido. Luego su voz fue haciéndose más débil. Perdió el sentido y, amodorrado por la droga, pasó de un dulce sueño a la muerte sin sentirlo.

El platillo volante volaba por la estratosfera en dirección al Sur. Aquel hubiera sido un buen momento para seguir elevándose hasta adentrarse en el vacío interestelar y volar a través de éste hasta el planeta Tierra.

Pero la misión de Arthur y la gente que le acompañaba estaba aquí, en este mismo mundo torturado, asolado por las bombas atómicas, el hambre y la peste.

Los platillos volantes de la escolta iban ahora explorando el espacio por delante de la máquina real. Se esperaba que las escuadrillas hamonitas salieran para interceptarles el paso, y esto fue precisamente lo que ocurrió.

Pero desde que el platillo de Arthur se elevó del “jardín del emperador” hasta que el Estado Mayor Imperial se recobró de su sorpresa, descubrió la fuga, ordenó que se persiguiera a los fugitivos y las escuadrillas de intercepción se elevaron y cortaron el paso a los kumanitas, había transcurrido casi una hora, y Arthur, con sus amigos, volaba sobre el mar que separa al continente del archipiélago kuma.

Los 15 platillos que marchaban por delante de Arthur y la escuadrilla interceptora trabaron combate en la oscuridad, utilizando sólo los ojos del radar.

—¡Huya usted con el rey! —le dijeron aquellos bravos por radio— ¡Nosotros entretendremos a éstos! Arthur aceptó sin protestar el sacrificio de aquellos valientes y, como volvía a empuñar los mandos, hizo salir disparado al platillo hacia arriba para pasar por encima de los combatientes.

Pero el enemigo había interceptado el radio y dos de los aparatos se separaron del grupo combatiente para perseguir a Arthur.

—¡Siéntense y amárrense bien a los asientos! —gritó Arthur al ver en su pantalla de radar al enemigo que le perseguía.

Entonces, Arthur hizo girar su máquina en una hábil maniobra que, sin invertir la dirección de la marcha, le puso frente al enemigo. Pero en un platillo volante, frente no quería decir también hacia. En realidad, Arthur volaba de espaldas, o sea hacia el Sur, pero dando la cara y las bocas de sus ametralladoras y tubos lanzacohetes al enemigo.

Se trataba de una maniobra extraordinariamente difícil, que exigía una gran pericia del piloto. Los hamonitas no esperaban sin duda tal habilidad de Arthur, o ignoraban que era él quien tripulaba aquella máquina.

Como para apuntar sus proyectiles cohete tenía que apuntar toda la máquina (los cohetes no encontraban a aquella altura aire en donde apoyar sus planos estabilizadores de cola y dirección), Arthur tuvo que andar lo suyo para apuntar al enemigo volando de espaldas.

Cuando finalmente consiguió centrar la mira de sus armas en la mancha fluorescente del enemigo de la derecha, Arthur oprimió rápidamente el botón lanzacohetes.

Una veintena de cohetes, largos como de cuatro metros, salieron lanzados del platillo volante y se alejaron dejando tras sí sendos

penachos de llamas. Aunque los cohetes iban impresos de la tremenda velocidad del platillo y prácticamente permanecían inmóviles venciendo aquella inercia, el enemigo, que venía en persecución de Arthur a una velocidad igualmente considerable, tropezó por así decirlo con los cohetes.

A través de su radar, Arthur vio cómo saltaban los fragmentos de la máquina contraria, los cuales rayaron el negro cristal de la pantalla al saltar en todas direcciones.

El segundo enemigo siguió persiguiendo a Arthur. Lanzó una andanada de cohetes, los cuales vio Arthur como pequeños puntitos de luz en su radar y esquivó haciendo descender bruscamente su máquina.

Los proyectiles pasaron por encima sin tocar el platillo volante de Arthur. Este volvió a bregar con los mandos para enfilar al enemigo, que se había lanzado en picado tras él.

Arthur apretó simultáneamente el disparador de cohetes y el de sus cañones ametralladora. Los cohetes salieron de los tubos, pero el avisado piloto hamonita los vio en su radar y los esquivó hábilmente elevándose.

Arthur, entonces, realizó otra difícil maniobra. Como la cabina esférica estaba unida al anillo que la rodeaba por un eje, Arthur hizo que el anillo volteara en tanto el suelo de la cabina permanecía horizontal. Las ametralladoras estaban montadas en el anillo, razón por la cual, al voltear éste sobre el eje de la esfera central, siguieron la trayectoria del enemigo.

Esto era difícil, entre otras cosas, porque el piloto tenía que sincronizar el giro de su anillo con el movimiento de la máquina enemiga que estaba pasando por arriba.

Arthur lo consiguió, porque el pilotaje de los platillos volantes era aquello que con más entusiasmo estudió mientras se preparaba para ir a Ziryab en calidad de espía. El aparato enemigo encajó una buena granizada de proyectiles perforantes, los cuales debieron dañar en alguna parte su intrincado mecanismo, porque en seguida empezó a dar volteretas y se precipitó lentamente al suelo.

Estalló unos kilómetros más abajo con la explosión característica de un bomba atómica.

—Creo que nos hemos librado —confió Larek—. Los otros han

quedado demasiado atrás para que vuelvan a alcanzarnos. ¿Dónde aprendió usted a pilotear platillos volantes. Señor Welby?

—Los terrícolas no hemos inventado los platillos volantes —contestó Arthur—. Pero nuestros pilotos han creado una escuela nueva en lo que se refiere a la manera de utilizarlos, empleando para ello la potencia de una imaginación de la que carecen los pilotos hamonitas.

Durante el combate, el platillo había recorrido una gran distancia y se encontraba a la vista de las islas kumas.

—Aterrizaremos aquí mismo —dijo Arthur—. Si seguimos adelante tropezaremos con más escuadrillas de intercepción, y no es fácil que saliéramos bien librados en un combate con fuerzas numéricamente superiores.

Los nobles kumanitas no hicieron ningún comentario. La muerte de su rey parecía haberles dejado paralizados e insensibles a toda nueva emoción.

—Vamos a aterrizar en una de esas islillas —dijo Arthur a Larek señalando las manchas de la pantalla de radar—. Pediremos refugio a los isleños y haremos desaparecer el aparato en el mar.

Unos minutos más tarde el platillo se posaba en una playa bajo la difusa luz del alba. Un grupo de pescadores, desnudos de cintura para arriba, se acercaron y se mantuvieron a prudencial distancia mirando hostilmente al aparato. Pero en cuanto vieron las caras rojas de sus tripulantes cambiaron de actitud.

—Larek —dijo Arthur al técnico kumanita—. Elévese en el aparato, póngalo en picado sobre el mar y arrójese en paracaídas. Los pescadores saldrán a recogerle en sus barcas.

Larek asintió y se elevó con el platillo volante. Pero no se arrojó en paracaídas, sino que siguió volando hacia el Sur hasta encontrarse con una escuadrilla hamonita que había recibido orden de interceptar al único aparato superviviente de los 19 que comenzaron la fuga.

Larek ofreció combate al enemigo y fue derribado sobre el mar. Con este sacrificio espontáneo, Larek limpió su nombre de la vergüenza de haber tenido que colaborar con el enemigo, como todos sus compañeros, que se dejaron derribar para que su rey pudiera ponerse a salvo.

Consecuencia de este acto de heroísmo, aunque fuera dudoso que Larek pensara en ello, fue que los hamonitas creyeron haber eliminado

a la familia real de Kuma y no la buscaron en las islas.

Realmente, los fugitivos difícilmente hubieran podido escapar a la búsqueda de los hamonitas en una isla tan pequeña como aquella en donde fueron a para. Así, el rey Eutiques pudo ser enterrado en una sencilla pero emotiva ceremonia y la reina Tanit halló en aquel pequeño paraíso el sosiego y la fortaleza de espíritu que necesitaba para emprender la reconquista de su perdido reino.

CAPÍTULO VIII

Cuando las Fuerzas Siderales de las Naciones Unidas terrícolas volvieron a Ziryab al cabo de seis meses, los potentes receptores de radio de la gigantesca astronave marciana que acompañaba a la expedición no permanecieron en el angustioso mutismo de medio año atrás.

El general Thomas Tinsley, que mandaba aquella fuerza combinada, recibió un largo mensaje en clave firmado por un nombre universalmente conocido: Arthur Welby.

Arthur Welby, en efecto, era quien expedía aquel informe desde una emisora de frecuencia modulada que sus amigos, los kumas, habían construido expresamente para esta memorable ocasión.

Para Arthur fue una satisfacción personal firmar el radio con su propio nombre, ya que la lista de sucesos que en él se relataban eran producto directo de sus largos meses de esfuerzo y peligros.

Por esta fecha, una ola de sabotajes cubría de un extremo a otro el ancho continente hamonita creando una situación altamente crítica para el ineficiente Estado Mayor Imperial.

Los trenes descarrilaban, las costosas máquinas herramienta de las fábricas se estropeaban, los obreros especializados kuma desertaban, los polvorines estallaban sembrando la desolación y la muerte en regiones enteras donde casualmente no se encontraba ningún kuma.

El Estado Mayor Imperial, naturalmente, no tardo en averiguar que todas estas catástrofes, así como los autores del asesinato de muchos generales y de las emboscadas en donde una y otra vez caían las patrullas imperiales, eran aquellos diabólicos hombres del Sur, que en número de unos 700 millones habitaban en su propio continente.

Como medida preventiva contra esta larga serie de desdichas, el Emperador Sol ordenó fríamente el exterminio en masa de la despreciada raza roja. Pero las órdenes que el emperador impartía desde el áureo trono de su refugio imperial, rodeado de una corte de nobles aduladores y frívolos, no eran tan fáciles de cumplir sobre el terreno.

Los kumas habían desaparecido después de amotinarse y destruir las fábricas en donde trabajaban. La industria hamonita quedó paralizada, falta de la mano de obra y la dirección kumanita. Estos andaban a la sazón por las montañas, formando grupos fuertemente armados, incluso con abundante artillería tomada al mismo Ejército Imperial.

Estas bandas armadas atacaban los campamentos de refugiados, paralizaban el tráfico por las rutas imperiales con la voladura de los puentes, sorprendían a las guarniciones de los poblados pequeños y asesinaban a los oficiales hamonitas cuando éstos se creían más seguros.

Indirectamente causaban millares de víctimas al saquear los exiguos depósitos de cereales, contribuyendo a aumentar el hambre de la población hamonita. Y, directamente, mataban a mucha más gente envenenando el agua de los servicios públicos, soplando polvo radiactivo por los respiraderos de las ciudadesrefugio, y haciendo estallar bombas atómicas de bolsillo en medio de los campamentos de refugiados, ya de por sí asolados por el hambre y la peste.

El Estado Mayor Imperial se enfrentaba con un enemigo dispuesto a morir matando, que no se rendía jamás, prefiriendo suicidarse a caer vivo en manos del enemigo. Se enfrentaba, en fin, con una clase de guerra para la que no estaba preparado.

Los platillos volantes que partían para castigar a los guerrilleros raramente encontraban sobre quién lanzar sus bombas atómicas. Después de cada ataque, los kumas se desvanecían como el humo para reaparecer en puntos muy distintos de donde se les suponía.

Para el Estado Mayor, lo más duro de todo era que no encontraba sobre quién tomar represalias. El enemigo no estaba en una sola ciudad, ni siquiera en un país que pudiera ser arrasado con bombas atómicas, sino que estaba en todas partes y, sobre todo, en el mismo continente hamonita.

Ciertamente, muchos kumas eran acorralados y muertos. Pero por cada kuma que caía morían un centenar de hamonitas, bien fueran soldados o civiles.

“Todo está preparado para la invasión”, anunciaba Arthur en su informe. “Hemos venido a quedarnos”, contestó la potente emisora de la astronave marciana. “Convendría que su Majestad fuera sacada de ahí para ponerse a salvo en la astronave. Indique punto donde deben recogerles nuestros O.V.D.”.

En el frío refugio donde estaba la emisora, una cueva abierta en el duro hielo de la región polar del continente, Arthur Welby sintió latir su corazón de alegría. Con el mensaje descifrado en la mano apartó la mugrienta cortina que cubría el fondo de la cueva y miró a la reina con pupilas centelleantes.

—Han terminado nuestras fatigas, Majestad —anunció Arthur con voz ligeramente trémula—. El general Tinsley quiere que vayamos a reunirnos con él. Va a mandar una escuadra de platillos volantes para recogernos.

Tanit, que estaba peinándose con un peine al que faltaban muchas púas, ante una maltrecha estufa que se alimentaba de maloliente grasa de animales polares, levantó sus rasgados y dulces ojos hasta los del terrícola.

—¿Cree usted que debo hacerlo? —preguntó deteniéndose en el movimiento de aclarar sus largos y brillantes cabellos— ¿Debe un general ponerse a salvo abandonando a sus soldados en el lugar de peligro?

Arthur Welby entornó los ojos para evocar los meses transcurridos desde que la tierra húmeda y fragante de las islas del Sur acogieron piadosamente el cadáver del rey Eutiques.

Meses de continuo peligro, saltando de una isla a otra primero, cruzando el mar para volver al continente cuando los soldados del Emperador empezaron a registrar el archipiélago. Y luego, a través del Continente, una agitada existencia con días de incesante y agotadora actividad; reuniones secretas con jefes de guerrilla, reparto de proclamas subversivas impresas en el secreto de una cueva o un sótano, consulta de mapas, huidas precipitadas a través de la noche, el pantano o el desierto. Alarmas, escaramuzas, destrucciones, tiros, sangre, muerte…

Evocaba Arthur aquellos meses terribles, con días y sucesos múltiples confundidos en su memoria, como los recuerdos de un borracho al despertar con dolores de cabeza. Y su corazón se llenaba de admiración ante la resistencia increíble de aquella delicada reina sin cetro, ante su escepticismo frente al peligro, y la sonrisa triste con que

sobrellevó todas las penalidades desde el ecuador al Círculo Polar Ártico del planeta; caminatas interminables, frío, lluvia, nieve, calor, polvo, hambre, enfermedades…

—Creo que habéis soportado mucho más de lo que cualquier curtido soldado hubiera podido sobrellevar —dijo Arthur pensativamente—. Vuestra misión ha terminado en lo que concierne a nuestra actividad subversiva. Lo que resta por hacer ya no es cosa vuestra ni mía, sino de los ejércitos que pronto empezarán a bajar de las nubes.

Tanit pasó maquinalmente el peine por sus largos cabellos.

—No sé que hubiera sido de mí sin vuestra ayuda y aliento, Welby —murmuró ensoñadoramente—. Aquella noche, cuando en el "jardín del Emperador" mi padre cayó herido y usted me cogió en brazos, ¿sabe que decidió por mí el destino de mi vida? Yo estaba decidida a desistir de todo intento de fuga. Arthur sonrió. No solo recordaba aquel episodio de la fuga, sino la pasividad de la joven reina que él tuvo que vencer a fuerza de derrochar oratoria inmediatamente después del entierro del rey Eutiques, cuando, llorosa y desalentada, Tanit se negaba a emprender una campaña que, estaba segura, fracasaría ante las medidas de represalia del Emperador.

—Si la paz vuelve a este planeta y el pueblo kuma recobra su perdida felicidad, ello se deberá única y exclusivamente al esfuerzo personal de usted — aseguró la joven reina.

—Nada de cuanto hemos conseguido hubiera sido posible sin un caudillo que alentara y estimulara al pueblo con su ejemplo —repuso Arthur un tanto embarazado. Y luego agregó—: No sería justo que no llegárais al final de una carrera que ya se anuncia próximo. Corréis peligro aquí. Yo creo que debierais aceptar la invitación del general Tinsley y buscar refugio entre las fuerzas de invasión.

—Iré si usted me acompaña —dijo Tanit merándole a los ojos.

—Sí, claro que iré —murmuró Arthur rehuyendo el encuentro directo con aquellos ojos maravillosos.

Ocho horas más tarde, una escuadrilla de platillos volantes aterrizaba en el campamento de los guerrilleros. Las Fuerzas Astrales Imperiales acudieron demasiado tarde para impedir la fuga de la reina y todos sus guerrilleros, y cuando intentaron perseguir a los O.V.D. fuera de la atmósfera de Ziryab, fueron aniquilados en un abrir y cerrar de ojos por los rayos cósmicos de la astronave marciana, cuya misteriosa naturaleza no habían podido explicar satisfactoriamente los sabios

más eminentes de la Tierra.

Poco después, el platillo volante que conducía a la reina y a Arthur abordaba a la gigantesca astronave de 340 metros de longitud. Los evacuados, vistiendo trajes espaciales, pasaron del O.V.D. a una cámara especial de la astronave, en donde después de inyectarse oxígeno a la presión de una atmósfera, pudieron quitarse las escafandras y entrar en el buque propiamente dicho.

El general Thomas Tinsley, jefe de operaciones, les esperaba al frente del Estado Mayor Combinado. De éste formaban parte generales de todas las naciones cuyas fuerzas participaban en la invasión de Ziryab.

El general besó galantemente la mano todavía enguantada de la reina Tanit y luego abrazó efusivamente a Arthur.

—¡Bravo, Welby! Un excelente trabajo, ¡sí señor! Hablaremos más tarde. Más tarde, después de haberse bañado y afeitado, Arthur Welby se presentaba en la cámara de derrota de la astronave vistiendo en uniforme de aviador prestado. Allí y con una taza de café en una mano y un cigarrillo americano entre los dedos de la otra mano, Arthur relató sus aventuras ante un círculo de caras rasuradas y amables.

El general Tinsley confió a Arthur que las restantes fuerzas de invasión debían estar ya en camino y llegarían dentro de un mes.

Estas fuerzas consistían en una verdadera flota de astronaves de transporte, más de 3.000 buques del espacio en donde venían las tropas de asalto y el diverso y numeroso material de guerra para la invasión. Estas naves, demasiado grandes y pesadas para poder despegar de la superficie de la Tierra, venciendo la fuerza de gravedad, habían sido llevadas en piezas hasta la Luna en naves de transporte más pequeñas y ya allí montadas por el sistema de prefabricación.

Las naves, una vez montadas y equipadas con reactores atómicos del mismo tipo de los O.V.D., recibieron a bordo el copioso material de guerra que por espacio de dos años se había ido acumulando en la Luna. Para despegar de la Luna, las astronaves, ya cargadas, necesitaban una fuerza de impulsión muy inferior a la que se necesitaría para sustraerse a la fuerza de gravedad de la Tierra.

—Nuestro mundo se ha arruinado en esta guerra —dijo Tinsley como colofón—. Tenemos que aplastar al Imperio de Hamon y hemos de hacerlo de tal forma que nunca más pueda levantar cabeza. Usted que

los conoce mejor, Welby,

¿cree que la paz entre este mundo y el nuestro quedará asegurada si damos a los kumas la hegemonía sobre este planeta?

—¡Oh, seguro! —exclamó Arthur. Y habló a los generales encomiásticamente de las virtudes de la joven reina que estaba llamada a gobernar el país.

—¿Seguro que no habla usted por boca de su corazón, Welby? —preguntó Tinsley mirándole con agudeza.

Arthur enrojeció y preguntó:

—¿Qué quiere decir?

Pero él sabía muy bien lo que el general quería decir. Estaba enamorado de la bella Tanit.

Era el suyo un amor extraño, nacido de la larga convivencia con la reina al calor de las fatigas y peligros que habían corrido juntos. Se trataba de un amor desesperado, impotente, separado del objeto de su adoración por la diferencia de razas, de costumbres y de nacimiento.

Lleno de amargura, Arthur se decía que una reina kumanita jamás se humillaría a aceptar a un plebeyo y democrático doctorcillo norteamericano. En cambio, podía preguntarse qué hubiera hecho Arthur en el caso de no existir diferencias de alcurnia. ¿Se hubiera casado con una mujer de raza roja?

Como el impedimento de castas estaba primero, Arthur no se había entretenido en pensar sobre lo segundo. Su amor era un imposible. Y se gozaba morbosamente en el sufrimiento que le causaba este amor platónico y desesperado.

Durante un mes, la fuerza de ataque terrícola permaneció anclada en una órbita de satélite alrededor de Ziryab, si bien bastante lejos de este planeta.

Desde que llegaron a bordo de la astronave, Arthur apenas si tenía ocasión de ver a la reina. Había a bordo generales y delegados políticos de casi todas las naciones de la Tierra, los cuales revoloteaban alrededor de la joven reina como mariposas.

Los rusos trataban de persuadirla para que, a la victoria de las armas terrícolas, impusiera en Ziryab una absurda monarquía comunista, en donde comisarios soviéticos harían de consejeros al lado del gobierno.

Los americanos, en nombre de la libertad del pueblo kumanita, hacían esfuerzos para atraerse a la reina, induciéndola a renunciar al trono para ceder paso a una moderna república.

Los ingleses destruían la labor de los rusos y americanos, abogando porque todo siguiera igual.

Entre estas pequeñas intrigas transcurrió el mes y llegó el resto de las fuerzas de invasión. Este era el momento en que los americanos, según lo acordado, debían sacrificar los rayos cósmicos de la astronave marciana.

Los proyectores de rayos desintegradores fueron sacrificados en presencia de los delegados de todas las naciones terrícolas interesadas en ello.

Las operaciones comenzaron inmediatamente. Se pensaba aprovechar la incertidumbre de los hamonitas para efectuar el primer desembarco.

Arthur había confiado al Emperador Sol lo que las Naciones Unidas pensaban hacer con aquellos rayos desintegradores. Pero como ahora se sabía que Arthur era un espía, el emperador no podía saber si aquello que dijo Arthur era verdad, o sólo una mentira para salvar su vida y tender una trampa a las Fuerzas Astrales Imperiales.

El desembarco se hizo precisamente en las llanuras esteparias contiguas al Círculo Polar Ártico ziryabita, después de un ataque previo con platillos volantes y bombas dirigidas atómicas contra las bases-refugio de la Armada Imperial.

De tal modo estuvieron lloviendo bombas sobre aquellas bases, que Arthur había localizado una por una durante su misión en el Continente, que los O.V.D. hamonitas no pudieron despegar.

Los hamonitas recurrieron a los proyectiles V-2 de cabeza de combate atómica para destruir a las fuerzas de desembarco. Pero la mayoría de estas bombas no llegaron al objetivo. Fueron interceptadas y destruidas en vuelo por los platillos terrícolas, que en aquellos momentos ejercían la supremacía absoluta del espacio.

Las bombas voladoras que llegaron hasta la cabeza de puente terrícola destruyeron algunas de las astronaves de transporte que habían aterrizado ayudándose con grandes planos sustentadores. Pero las fuerzas de choque; los grandes tanques movidos por la energía atómica, recubiertos de gruesas corazas de plomo que defendían a las

tripulaciones contra las radiaciones gamma de las explosiones atómicas, llegaron a tierra y avanzaron ensanchando un círculo dentro del cual siguieron aterrizando los planeadores.

Los cañones barrecielos de los tanques, muy avanzados sobre la cabeza de puente, colaboraron con los platillos derribando todas las bombas voladoras que pasaban por encima de ellos.

Tanques y más tanques, vehículos acorazados y gran número de cañones y diverso material de guerra fueron desembarcados en la cabeza de puente.

Los platillos volantes terrícolas se dedicaron a la detección y destrucción de plataformas de lanzamiento para las V-2. Cuando la Armada Astral Imperial pudo salir al fin de sus madrigueras, se libró una gigantesca batalla aérea en la que tomaron parte más de 30.000 aparatos de ambos bandos.

Esta batalla de aniquilamiento, en donde se jugaba el futuro de las operaciones bélicas, sirvió para demostrar algo que ya Arthur Welby hizo notar seis meses atrás. A iguales medios técnicos, los pilotos terrícolas eran muy superiores a los hamonitas. Tenían coraje e imaginación; tenían mejor preparación técnica, pero sobre todo tenían algo que vengar. Tenían que vengar los centenares de millones de víctimas que la diabólica Armada Imperial hamonita hizo en sus ataques a la indefensa Tierra.

Después de estos dos días de furiosa batalla, en que los nervios de todos parecían próximos a estallar, el general Thomas Tinsley, que había hecho un consumo bárbaro de café aquellos días, sonrió con fatiga a Welby y le dijo:

—Hemos ganado la batalla. El enemigo ha sido aniquilado en el aire.

—A la reina le agradará saberlo —dijo Arthur sintiéndose súbitamente aligerado de un gran peso.

Y se encaminó rápidamente hacia el camarote de la reina Tanit.

La reina se encontraba a solas en su camarote porque los generales que de continuo la asediaban andaban en aquel momento muy preocupados por el resultado de la batalla aérea, la cual era igualmente decisiva para americanos como para rusos, y para japoneses como coreanos.

Tanit, que estaba mirando las ilustraciones de una revista norteamericana (ella no leía ni hablaba el inglés), levantó sus

hermosos ojos y sonrió a Arthur. Invariablemente, aquella forma de sonreír de la soberana kumanita tenía el poder de turbar a Arthur, el cual dijo entrecortadamente:

—Volvéis a tener reino, Majestad. La Armada Sideral de las Naciones Unidas acaba de aniquilar a la Armada Imperial. Sin protección aérea, la derrota total del Imperio de Hamon es sólo cuestión de tiempo.

—De tiempo y de vidas —contestó Tanit con una luz de tristeza en sus hermosos ojos—. La nación kuma jamás agradecerá bastante lo que sus amigos de la Tierra han hecho por ella.

—La nación terrícola lucha por su propia supervivencia —murmuró Arthur—. No sería justo agradecerle en demasía lo que ha hecho por egoísmo. Eso sin contar que difícilmente habríamos podido invadir a Ziryab sin el auxilio que nos ha prestado el valiente pueblo kumanita.

Ella permaneció un momento silenciosa mientras su mirada pensativa iba a caer sobre la revista norteamericana.

—¿Sabe usted, Welby? —dijo de pronto—. He decidido abdicar mi corona. Kuma debe tener un gobierno democrático como las modernas repúblicas terrícolas.

Arthur la miró sin aliento.

—¿Por qué queréis hacer eso? —preguntó.

—Creo que es lo que más le conviene a mi país.

—¿Lo habéis pensado bien? No es decisión para ser tomada así, tan de repente.

—¿Y quién le dice que haya tomado esta decisión repentinamente? —contestó la reina— Llevo pensando en ello mucho tiempo, seguramente desde que usted empezó a explicarme como se vivía en su maravilloso país.

—Temo que os hayáis dejado impresionar demasiado de mis palabras, de las de mis paisanos que habéis conocido aquí… y de las revistas ilustradas norteamericanas —Arthur señaló la que yacía abierta sobre el mueble—. No todo lo que reluce es oro, Majestad. También en Norteamérica hay pobres, aunque menos, y gentes desdichadas, como en todas partes.

Tanit volvió a mirar la revista y preguntó:

—¿Es cierto que en vuestro país se practica la segregación racial? —preguntó.

Arthur sintió un golpe en el corazón.

—Sí, es cierto —murmuró. Y añadió con rapidez, a modo de disculpa —. Aunque no más que en Inglaterra o en Francia, por ejemplo. La diferencia está en que en los Estados Unidos hay más negros que en otras partes y por eso la separación entre blancos y negros es más ostensible. —¿Qué piensa usted de la segregación racial, Welby? —preguntó Tanit clavando sus negras pupilas en las grises del terrícola.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Arthur eludiendo una pronta respuesta.

—¿Se casaría usted con una mujer negra?

Arthur se pasó la lengua por los labios. La miró con angustia, reprochándole aquella pregunta directa y como suplicándole que no le exigiera una respuesta. Pero los ojos de la reina la exigían.

Arthur intuyó que algo más trascendental que una simple apreciación se jugaba en aquel instante. Y contestó sin aliento.

—No sé qué haría en caso de enamorarme de una mujer negra. Con toda seguridad el obstáculo insuperable no reside en la unión con una mujer negra, sino en el hecho de que difícilmente podría enamorarme de ella.

—¿Y de una mujer amarilla? —preguntó Tanit roncamente.

—El caso es parecido —dijo Arthur jadeante.

—Entonces, ¿tampoco amaría jamás a una mujer roja? —preguntó la reina. Y le miró con expresión dolorida.

—¿Queréis una respuesta… de verdad? —preguntó Arthur.

Ella saltó en pie y le miró fijamente a los ojos, con el pecho jadeando al compás de su agitada respiración.

—Sí, quiero que me responda —aseguró con un soplo de voz.

—Pues bien, Majestad. No sólo sería capaz de enamorarme de una mujer roja, sino que ya lo hice. Estoy enamorado —Arthur se detuvo para aspirar profundamente el aire. Y añadió con voz sofocada—: Precisamente de Vos.

Se miraron de hito en hito durante unos segundos. Súbitamente, como atraídos, se lanzaron el uno hacia el otro fundiéndose en un apretado abrazo.

El senador Horrigan, que iba a comunicar la feliz nueva de la victoria aliada a la reina, abrió excitado sin llamar y se quedó paralizado al ver a Su Majestad entre los brazos de mister Arthur Welby, el cual la besaba furiosamente, con pasión, en los labios.

En pos del senador Horrigan, el mariscal Vadiley, del Ejército rojo, iba también a ver a la reina y a hacer de paso un poco de propaganda a favor del comunismo. El mariscal se detuvo ante la puerta, mirando asombrado a la joven pareja.

—Creo que ha perdido usted esta batalla diplomática, Mariscal —le dijo Horrigan guiñando un ojo—. Como resulta difícil de imaginar a un yanqui elevado a la dignidad de rey consorte, le apuesto a usted cien dólares a que tendremos una democracia en Kuma.

El mariscal Vasiley hizo una mueca despectiva y se alejó perseguido por la risa de Horrigan.

* * *

Seis meses más tarde el Imperio de Hamon se rendía a las Naciones Unidas de la Tierra.

FIN